

raíces de la resistencia al

neoliberalismo

Atilio Borón
Argentina

Es oportuno, en vísperas de un acontecimiento de la importancia del Foro Social de las Américas, y en una coyuntura internacional tan crítica como la actual, preguntarse acerca de la vitalidad y fortaleza de las fuerzas sociales que resisten la imposición del proyecto neoliberal, el momento de su aparición y las formas organizativas bajo las cuales lo hacen. Las razones de la irrupción de nuevos sujetos políticos son múltiples y complejas, pero existen algunas que se reiteran a lo largo y ancho de América Latina y que, por eso mismo, conviene destacar.

El crecimiento muy inferiores a las de los períodos que le precedieron; el neoliberalismo ha fracasado de manera aún más rotunda en redistribuir los ingresos y las rentas, pese a las reiteradas promesas en contrario, ahora silenciosamente archivadas, de las argumentaciones basadas en la «teoría del derrame», esa engañifa que pretendió pasar por una verdad revelada. No hubo tal cosa: los ricos se enriquecieron cada vez más al paso que la gran masa de la población se sumergía más profundamente en la pobreza; al dar rienda suelta a las tendencias predatorias de los mercados el neoliberalismo provocó notables fracturas de todo tipo al instituir un verdadero «apartheid» económico y social que destruyó casi irreparablemente la trama de nuestras sociedades y debilitó hasta límites casi desconocidos la legitimidad del estado democrático trabajosamente instaurado en los años 80 del siglo pasado.

Este triple fracaso del neoliberalismo potenció las contradicciones desencadenadas por la crisis del modelo de acumulación establecido en los años de la posguerra al imponer como estrategia de salida de la misma las políticas de «ajuste y estabilización» impulsadas por el Consenso de Washington y cuyos resultados están a la vista. Todo este cuadro no podía, sino tener consecuencias bien significativas en lo relativo a la constitución de nuevos sujetos políticos, por cuanto:

a) precipitó el surgimiento de nuevos actores sociales que modificaron de manera notable el paisaje sociopolítico de varios países. El caso de los piqueteros en la Argentina o los pequeños agricultores endeudados de México, nucleados en «El campo no aguanta más», arrojados a la protesta social por el despojo y la exclusión económica y social a que los someten las políticas neoliberales son de los más conocidos. Habría que agregar también en esta categoría a los jóvenes privados de futuro por un modelo económico que los condena y a toda una variedad de organizaciones de inspiración identitaria —de etnia, género, opción sexual, lengua, etcétera— y los movimientos «alterglobalización» (sobre los cuales volveremos después) hastiados de la mercantilización de lo social y las políticas de supresión de las diferencias promovidas por el neoliberalismo.

El fracaso del neoliberalismo

Después de casi 30 años de cruentos ensayos, iniciados en el Chile de la sangre todavía caliente de Salvador Allende en 1973, continuado luego por la dictadura genocida establecida en la Argentina en 1976 con el objeto de instaurar el predominio del capital financiero y diseminado posteriormente como una pestilencia medieval por todo el Tercer Mundo, el veredicto de la experiencia histórica es inapelable: el neoliberalismo ha demostrado ser incapaz de promover el crecimiento económico, y en este sentido su desempeño ha resultado ser, tomando un período suficientemente largo, uno de los fiascos más estruendosos de la historia económica del siglo XX, con tasas de

Ilustración: Nelson Ponce

Continúa en la página 10

Pisar la raya
Entrevista con
Ignacio Echevarría

PÁGINA
06

AGAIN
Guillermo Rodríguez Rivera

PÁGINA
04

El Chava
A Flandes
con cien picas

PÁGINA
02

Rogelio Riverón
Cuba



La literatura de intriga política, cuando resulta en verdad literatura, puede ser halagüeña. De este tipo de libros al cine hay casi siempre un atajo, aunque sea aparente. Sus ingredientes (perdón por la afectación culinaria) se avienen con un ritmo de signo rápido, con desplazamientos espectaculares, con un *suspense* tan canónico y tan convencional a un tiempo, que no deja de seducir a lectores honorables. Desde aquella novela de ejecución un tanto nebulosa como lo fue *The princess Casamassima*, que Henry James publicó en 1885 hasta, digamos, *El día del chacal*, un libro del inglés Frederick Forsyth, cuya versión cinematográfica ha repetido la televisión cubana, la intriga política, sujeta a todas las variaciones de grado y de ejecución que se desee, corre tal vez más riesgos que cualquier otro subtema, pero sus ganancias —cuando las hay— se constatan a corto plazo. Como el diabolismo, el horror en general y quizás no tanto el sexo, esos libros son propensos a un éxito rápido y masivo, gracias a que sus referentes guardan una especie de universalidad cotidiana, acaso también efímera.

El complejo estatuto de los *best sellers* ha tenido entre sus reglas la de estimular las emociones con prioridad sobre la reflexión o cualquier otro además del discurso ensayístico, propio también de la novela. Su postulado es la acción, si bien el *best seller* moderno, de una forma o de otra, pretende crear ciertos vínculos con la cultura. Simplificados o no, a merced del tremendismo del argumento o desvirtuados por la epidemia sensacionalista, tales lazos ayudan a tramitar un voto de autenticidad, debido tal vez a que todo lo que se insinúa desde la cultura tiende a hacerse respetado. Demasiado irónico para que se le considere una seria novela de intriga política, y quizás demasiado serio para ser considerado un *best seller* —hablo, por supuesto, de ordenanzas, no de

realización mercantil—, el último libro de Daniel Chavarría tiene de lo uno y de lo otro. Creo, incluso, que sin ser quizás la intención del novelista, *Una pica en Flandes* (Letras Cubanas, 2004) somete esos presupuestos a una tensión casi inquisitorial. Intriga política, erotismo, cultura, turismo, humor, fatalidad y sorpresa entran en juego en esta especie de *thriller* que transcurre entre Italia, Grecia, España, Francia Alemania y América. La novela, tal como puede leerse ahora, es en realidad la primera parte de una saga que tratará de prolongarse, según su propio autor, hasta el tomo quinto (si se trata de jugar, hágase en grande, no faltaba más). Por lo pronto, tres historias paralelas, como tres módulos que Chavarría deja en nuestras manos para que barajemos según la capacidad algorítmica de cada cual, marchan hacia un sitio en que deberán confluir, vencidos unos lances tan aparatosos como singulares. Este libro se arriesga a fabular y moralizar a un mismo tiempo, pero en todo caso engarza sus presupuestos políticos en una actitud picaresca, en el manejo desprejuiciado del tema del dinero y/o la riqueza, y en los recursos de la aventura y el espionaje (a tal punto que, bien entreverados de erudición, tales recursos pudieran incorporar, inclusive, elementos del *pop art*). A lo largo de su creciente *opera omnia*, Daniel Chavarría parece dispuesto a demostrar que no hay ficciones neutrales ni en lo concerniente a los asuntos de la pura ideología política.

Un ajedrecista sin atractivos visibles (inhibido, taciturno, como un buey que arrastra el arado, diría Virgilio Piñera, pero, ¡con precaución!); un arqueólogo homosexual (exteriormente impasible, pero por dentro la inútil intranquilidad de un oso tibetano, diría José Lezama Lima, aunque quién sabe), y un profesor al que lo pierden las faldas (siempre en el hoy, pero en un hoy que no roza la tierra, diría Leonid Andréiev), deberán resolver una serie de enigmas capaces de hacerlos nadar en

dinero. Los dueños de la fortuna se nos irán presentando de forma escalonada, al igual que sus fines. *Una pica en Flandes* resulta, con todo propósito, un libro de amplios despliegues, hilado para lindar con la grandilocuencia y sacarle además partido. Melodramático en ocasiones, quizás demasiado lógico en otras, salpicado a ratos de un sutil patetismo, boga bien en las aguas del emplazamiento a las políticas de hegemonía que siguen rigiendo el mundo, gracias a que Daniel Chavarría no se ha olvidado de que redacta una novela.

De tal modo, los alegatos ideológicos más importantes están, aparentemente, fuera de la zona de acción de la voz del narrador. Tal falacia (que lo es, puesto que, en términos estrictamente filológicos, ese pacto nombrado *narrador* nunca llega a desacoplarse del todo de ese otro, no menos puesto en entredicho, al que llamamos *autor*) es como un juego de espejos, en el que la imagen del narrador se retira convenientemente de aquellos torpes procedimientos de buena parte de la novela policial cubana de los años 70 e inicios de los 80 del siglo pasado, que, periódicamente, como en la mala televisión capitalista, interrumpían la trama para ir a pueriles comerciales ideológicos. Los alegatos, en la realidad de *Una pica en Flandes*, son documentos citados al pie de la letra, y ello produce un distanciamiento que otorga credibilidad al narrador. Es como si este no se mezclara con sus personajes. Podemos apostar que su neutralidad es profesional, pero

nos irradia a través de distancias inconmensurables, y, sin embargo, no parece de locos poder emplearlo contra su propia hegemonía. No al poder, sino a los medios. De tal modo, los grandes grupos de la comunicación, en su mayoría de derecha, se difunden a sí mismos por todo el mundo, y, a su vez, la izquierda ratifica haber descubierto en el uso de Internet una especie de dios de bajo costo, que le facilita la movilización. Algo parecido ocurre en *Una pica en Flandes*. Sus escaramuzas mediáticas son más que un mero recurso de dramaturgia; son la manifestación de una lógica omnipresente, algunos dirían que fatal, capaz de originar una serie de disyuntivas, casi todas de signo ético. La sociedad mediática ha empaquetado las historias de los personajes principales del libro, y ante (y al mismo tiempo, «gracias a») su incuestionable plurivalencia, ellos acabarán, diríase que unidos en espíritu.

Y admítaseme el impulso aspavientos, pues en esta novela se apuesta por los gestos de amplia cobertura, por despliegues —creo que ya lo dije— a todo pie, si bien hay aquí algunos gastos de más, como uno que otro personaje que entra a escena demasiado inspirado para nada. Menos importante es la sensación de que hemos leído una historia incompleta, es decir, que no llega a cerrarse convincentemente, aun cuando nos sepamos al inicio de una gran cruzada. De acuerdo en acuerdo, la literatura nos ha acostumbrado a querer que los libros graviten en torno a una

A Flandes con cien picas

UNA TRANSACCIÓN EN LOS TÚNELES DE INTERNET

así y todo manipulamos una especie de garantía: nos convencerá la historia, no la moraleja. Y la historia es atrayente, con personajes bien perfilados, mejor, eso sí, los masculinos, pues ni Gloria Múndula ni Elena ni tampoco Cecilia guardan el poder de seducción de aquella Lysis de Mileto, de la mejor novela de Chavarría: *El ojo Dindyenio*, aunque no están obligadas a ello. A fin de cuentas, la Grecia de *Una pica en Flandes* es, en comparación con la de Pericles, una tierra de baja intensidad. Probablemente este libro no haya sido pensado para la posteridad, si bien ningún autor —autor de veras— es tan suicida que se enrola en un proyecto por pura intuición. Me contradigo con gusto, dejándome llevar, entre otras cosas, por la forma en que Daniel Chavarría encara el asunto del saber cultural. Su gesto desecha cualquier prejuicio, incluso aquel que nos reprocharía una idea estrictamente utilitaria del conocimiento. Ha resuelto involucrarse en una novela moderna, de una modernidad, no abstracta, como lo es la de Proust, sino a ras de tecnologías y de algunos clichés del desarrollo. No sería ocioso especular, a propósito de la tecnología, sobre el papel asignado en *Una pica en Flandes* a los medios de comunicación masiva. Roberto González Echavarría ha reflexionado sobre el protagonismo en la conformación de la realidad de eso que, en sentido general, conocemos como «la información», y que extiende su influencia, inevitablemente, hasta los predios de la ficción artística. El llamado poder mediático se ha vuelto, es verdad, tan ubicuo que, como los isótopos nucleares,

lógica circular, que las narraciones en varios tomos nos concedan la ilusión de cumplirse globalmente, pero también en cada ciclo, y *Una pica en Flandes* parece, en tal sentido, un tanto fuera de balance, como si se suspendiera, antes que acceder a un *ending* progresivo, que no previsible.

Cuando se escuchan historias, dice más o menos un personaje de Umberto Eco, se ha de suspender la incredulidad. Esa cualidad previa de lo literario se da siempre «a condición de», y las condiciones superan, aunque muchos no reparasen en ello, una simple calidad verosímil. Es probable que las ficciones artísticas no pasen de ser tristes convenios entre quien las redacta y quien las lee, pero hay gente dispuesta a establecerse en ellas como a la espera de una compensación. *Una pica en Flandes* no escatima esa posibilidad. Confieso que me ha inclinado más a la diversión que a ciertas reflexiones profundas, pero no debo ser un lector promedio. Lo que puede fascinarme de una novela es su argumento, su estilo (confundiéndolo a propósito libro con escritor), y su desafío a la cultura, esa interesante arista de la eternidad. Y todo eso ahora me ha parecido importante, y digno de estos pensamientos. En adición, *Una pica en Flandes* nos recuerda que, a fin de cuentas, la literatura es también oficio o que al menos, el oficio es lo que nunca se debería soslayar. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n194_01/194_04.html

Daniel Chavarría
Cuba

La
Revolución
bolivariana en

Zugzwang

En ajedrez, cuando alguien se ve conminado a jugar A o B, donde ambas movidas representan pérdida material, de posición o iniciativa, se dice que está en *Zugzwang*, término intraducible, próximo quizá a la alternativa española de *guatemala* o *guatapeor*.

El viernes 17 de diciembre de 2004, *El Tiempo* informaba desde Bogotá que según el semanario *Voz*, órgano del PC colombiano, Rodrigo Granda, un distinguido miembro del equipo diplomático de las FARC, con más de 20 años de trayectoria guerrillera, había sido detenido en Caracas por agentes del DISIP venezolano, en colaboración operativa con la policía política de Colombia (DAS).

Trasladado a la frontera en el maletero de un vehículo, la policía colombiana difundió la noticia de que lo habían capturado en Cúcuta.

Como esto generó un gran revuelo y durante varios días las autoridades venezolanas no se pronunciaron al respecto, una veintena de intelectuales progresistas de calibre internacional (Calvo Ospina, Martín Almada, Aram Aharonian, Noam Chomsky, Pablo Kilberg y otros), con todo el respeto del caso, dirigieron una carta abierta al Presidente de Venezuela, para rogarle algún pronunciamiento sobre el escabroso asunto. Días después, en el programa *Aló, Presidente*, Hugo Chávez declaró que la policía colombiana había mentido al pueblo y al presidente Uribe. Luego, Jesse Chacón, ministro del Interior y Justicia, confirmó la participación de militares venezolanos, sobornados por un millón y medio de dólares. Mientras tanto, una profusa información sigue acumulándose: que si Granda usaba papeles falsos para vivir en Venezuela; que si fue invitado al encuentro En Defensa de la Humanidad; que si no lo fue, pero andaba por el Hilton como Perico por su casa y alternaba con los invitados; que los militares venezolanos corruptos fueron sobornados por un coronel colombiano; que si lo cogieron así o asao... Los detalles no son esenciales; y más vale no perderse entre los árboles, para ver adónde conducen los trillos del bosque.

Parece que los encargados de avanzar el pentagonal Plan Colombia, han decidido echar mano del *Zugzwang*: o la Revolución bolivariana se pone de parte de la guerrilla y favorece un deterioro de las relaciones oficiales entre Colombia y Venezuela, seguido de un *crescendo* conflicto destinado a justificar una invasión; o de lo contrario, por preservar sus relaciones con el gobierno de Uribe, formula declaraciones perjudiciales para la guerrilla, con el consiguiente desprestigio ante la izquierda mundial.

Sin duda, una situación difícil, pero *nihil sub sole novum*. Quienes confiamos en la lucidez augural del presidente Chávez, en su valentía y lealtad a las causas justas, estamos persuadidos de que la Revolución bolivariana saldrá ilesa. Ningún *Zugzwang* dañará su prestigio actual ante los pueblos y la intelectualidad progresista internacional; y si de momento se afecta el proceso integracionista que hoy capitanea en Latinoamérica, mala suerte; ya vendrán tiempos mejores. Como ejemplo y precedente, ahí está la Revolución cubana: desde los tiempos en que se la quería manipular con la cuota azucarera o con el petróleo o ante la humillante alternativa de permitir que los gringos inspeccionaran el territorio en busca de misiles, los cubanos siempre respondieron con valentía; y ante las grandes amenazas y la prepotencia imperial, Patria o Muerte fue, y seguirá siendo, su consigna suprema.

En cuanto a la Venezuela bolivariana, sus partidarios en el mundo no dudamos de que ante el ladino ajedrez del Plan Colombia, el gobierno de Chávez va a jugar la Defensa Verdad, y si lo apuran, su Variante Hormonas. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n193_01/193_08.html



Ilustración: Sarmiento



AGGAIN

En efecto, lo han hecho otra vez. Recuerdo aquel año de 1968 en el que Lyndon B. Johnson, texano ascendido a la presidencia norteamericana tras el asesinato de John F. Kennedy en Dallas, acrecentaba hasta la locura la presencia militar norteamericana en Viet Nam.

Ese año crucial para la historia estadounidense, los votantes norteamericanos optaron por la más conservadora, la más guerrera de las opciones que el menú electoral de ese año les ofrecía. Optaron por hacer presidente a Richard Nixon, el vicepresidente que, en tiempos del mandato de Ike Eisenhower, había promovido las mayores trampas de la CIA.

Eligieron al artífice del derrocamiento del único proceso democrático que había vivido Guatemala. Eligieron al hombre que engendró, pocos años después, la invasión a Cuba por Bahía de Cochinos que concluyó en el desastre que fue para los invasores la batalla de Playa Girón.

Nixon llevó al extremo las acciones que había desatado Johnson. Los bombardeos se acrecentaron bárbaramente: miles de toneladas de TNT cayeron sobre las ciudades vietnamitas. Se emplearon defoliantes para arrasarse las selvas del país, porque ellas constituían el refugio de los guerrilleros del ya temido Vietcong. Era exactamente lo que habían hecho los potentes EE.UU., en expansión en el siglo XIX, cuando exterminaron los búfalos americanos para quitarles la comida a los indios.

Siempre el dinero por encima del entorno. ¿Todavía alguien se asombra de que no firmen el protocolo de Kyoto?

Nadie había empleado hasta entonces el napalm como arma de ataque ni nadie había oído hablar del «agente naranja», que causó tantos estragos entre los soldados norteamericanos como entre los soldados comunistas que aspiraba a destruir.

Aldeas completas —Song My, My Lai— fueron arrasadas, exterminadas.

El tormento de Lidice, masacrada por los nazis en la Checoslovaquia ocupada, se repetía cotidianamente sin mucho despliegue de prensa.

No tenían otra solución porque no la había. Asesinaban mujeres, ancianos y niños porque todos ellos eran combatientes por la expulsión del invasor de la patria.

Esos patriotas vietnamitas fueron los primeros en demostrar fehacientemente que las poderosas y perfectamente equipadas tropas norteamericanas son peculiarmente vulnerables cuando se enfrentan a una guerra irregular apoyada por toda una nación. Claro que esas tropas produjeron miles de muertos en Viet Nam, que arrasaron el país casi hasta cambiar su naturaleza, pero fueron también implacablemente desalojadas, y el país se ha recuperado.

Cuando advertían que su presencia en Viet Nam resultaba demasiado costosa en muertos, idearon la «vietnamización» de la guerra, con la que pretendían que los soldados vietnamitas que los apoyaban se hicieran cargo ellos solos de enfrentar a las tropas del Frente de Liberación Nacional y de la República Democrática de Viet Nam. Pero no era, sino una ilusión.

Esos soldados fueron apabullantemente arrasados, apenas sus jefes norteamericanos se habían retirado.

El Oriente Medio actual, si bien es muy diferente de la península indochina de aquellos años 70, presenta

también interesantes puntos de contacto con ella. En Indochina, EE.UU. decidió, en un momento de las hostilidades, ampliar el conflicto a países vecinos como eran Laos y Cambodia. Todavía no se han decidido a hacerlo con los vecinos de Iraq que ellos consideran enemigos, como Siria e Irán. Pero ya han comenzado a valorar la posibilidad de «intervenciones quirúrgicas» contra Siria. En Indochina esas «extirpaciones» hicieron metástasis.

La reelección este año 2004 de George Bush como presidente de los EE.UU. y cabeza visible del grupo que ha azuzado la guerra en el Oriente Medio, hace que no sea imposible que ello ocurra.

Por supuesto, que ese equipo se ha prevenido contra algunos de los factores que

produjeron la crisis interna que desató Viet Nam en los EE.UU..

Entonces, el actual Comandante en Jefe yanqui estuvo refugiado en la fuerza aérea del estado de Texas, al amparo de papá. Ahora los hijos de las clases ricas norteamericanas no tendrán que hacer nada semejante ni mucho menos ir a combatir de verdad, como hizo John F. Kennedy en la Segunda Guerra Mundial y John Kerry en la de Viet Nam. Ahora los soldados son pagados y, por supuesto, solo se inscriben los negros, los asiáticos, los latinos, los más recientes inmigrantes, los pobres, en esa nómina de candidatos a víctimas por explosión de coches-bomba. Pero los cadáveres llegan puntualmente: ya son mil y tantos desde que Bush proclamó la victoria en Iraq y la ración de dos o tres muertos diarios, como mínimo, no tiene tendencia a disminuir.

¿Podrán, en los próximos meses, «iraquizar» la guerra? Creo que ni ellos mismos lo creen, a pesar de que, a veces, me parece que los gobernantes norteamericanos, además de insuflarles sus mentiras a sus conciudadanos, son capaces de creerlas ellos mismos. Pareciera que en Iraq esos soldados esperaban ser

recibidos como libertadores. El ulterior desarrollo de la guerra ha demostrado que no era así y que en el Oriente Medio, el desacreditar a las fuerzas que quieren dialogar, parece que únicamente conducirá a que ellas sean sustituidas por otras radicalizadas a las que no les interesa el diálogo, porque saben que en él, los EE.UU. no irían a buscar un arreglo viable para las dos partes, sino a consumir con arreglos la victoria que no han podido obtener en los campos de batalla.

Se empeñan en llamar «terroristas» a unos hombres que, como los franceses bajo la ocupación nazi o los argelinos bajo la ocupación francesa, luchan como pueden para recuperar su patria.

Los círculos de poder norteamericanos nunca han querido ahondar, indagar en las verdaderas razones que los condujeron a la aplastante derrota sufrida en Viet Nam, vencidos por un pueblo al que eran incomparablemente superiores en poderío económico, tecnológico y militar.

Una vez escuché proclamar al primer gran caudillo de la última reacción yanqui, Ronald Reagan, que la de Viet Nam fue una guerra que a los EE.UU. no les permitieron ganar. Y claro, nunca explicó cuál fue el insalvable obstáculo que tuvieron, quién o qué les impidió consumir la victoria que él veía como posible.

Lo cierto es que han transcurrido más de 30 años desde entonces. La generación que protagonizó la derrota de Viet Nam ya es de sexagenarios.

Los que van a combatir en Iraq no tienen esa memoria que preservan hombres como Oliver Stone o Noam Chomsky. La implacable maquinaria ideológica que integran los grandes medios de información norteamericanos se ha encargado de borrar, de desaparecer esa memoria. Los pobres que irán a combatir y acaso a morir en Fallujah, Mosul o Bagdad, no participarán de un saber que quedará constreñido a aquellos sectores que ya no son llamados a combatir en las guerras que libra EE.UU.

Acaso sea esa conciencia, esa posibilidad para meditar, ese poder escapar a la necesidad de venderle la vida al Pentágono de Rumsfeld por un poco de dinero o un pasaporte norteamericano, el gran obstáculo que advirtió Reagan.

Se trata de borrar la memoria histórica, de no recordar lo que pasó.

Acaso Rumsfeld y Condoleeza Rice sean lectores de Santayana, quien dijo que el pueblo que olvida su historia, queda implacablemente condenado a vivirla otra vez.

De eso se trata: de que vuelvan aquellos días de Viet Nam, de hacerlo otra vez, a ver si al fin, en un mundo en el que los EE.UU. no tienen (por ahora) rivales de categoría, no aparecen aquellos misteriosos impedimentos que intuía el viejo Ronald Reagan. Pero, si aparecieran, cuando venga la nueva decepción de la nueva generación, ya las arcas de los fabricantes de armas para los que trabajan Cheney, Rumsfeld, Condoleeza y el mismísimo Presidente, ya estarán bien repletas con los miles de millones de dólares que pagarán los contribuyentes. Así pues, *again*. ■



Guillermo
Rodríguez
Rivera
Cuba

Ilustrador: David

Bladimir
Zamora
Céspedes
Cuba

Pablo Milanés, brindando su
santo y su seña, más allá de
las canciones que pudieran
confirmarlo.



eternamente YOLANDA

A la verdad no te puedo decir ahora cuándo escuché, por primera vez, la canción «Yolanda». Ni siquiera podría decir con certeza, si fue en la voz de Pablo Milanés la primera vez que pude disfrutarla. Lo cierto es que cuando eso sucedió tuve de inmediato la sensación de que ya estaba escuchando una antigua canción, que por los años de los años nos estaba cantando al amor del porvenir.

Hombre, tendría que ser en la radio o haciendo rodar el disco de vinilo, cuando el joven clarín oriental de Pablo, como parte del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC, estallaba como una voz indispensable en las lindes de La Habana. Más allá o más acá, sentía que esa canción era algo clásico, surgida delante de mi más perturbada juventud.

Hace, creo, dos noches, he visto a Emilia Morales cantar «Yolanda» como un himno en el mismo borde del Malecón, desde ese mítico Gato Tuerto, y por supuesto volví a meterme en mis orígenes, pensando en que «Yolanda» era ya uno de mis santos y señas.

El asunto es que en mi primer viaje a España, allá por diciembre de 1990, muy tímido, para no decir otra cosa, me metí en un cruce subterráneo, debajo de la emblemática fuente de las Cibeles y después de haber topado con vendedores de pañuelos, sombreritos, falsos pañuelos de Norteamérica, collares de Ceilán... sentí una guitarra familiar. En una curva del túnel, vi a una muchacha —guitarra en mano— cantando la mismísima «Yolanda», de Pablo Milanés, con un morado pañuelo extendido. Me le quedé delante, haciendo el natural papel de duende.

De los que andamos tratando de convertir la sencilla naturalidad trascendente, en lo más importante que nos puede suceder.

Pablo Milanés, brindando su santo y su seña, más allá de las canciones que pudieran confirmarlo. ▀

Pisar la raya

Nirma Acosta
Cuba

Entrevista
Exclusiva con
Ignacio Echevarría

El pasado 4 de septiembre de 2004 apareció en *Babelia* una reseña del crítico literario Ignacio Echevarría (Barcelona, 1960) sobre la novela *El hijo del acordeonista*, de Bernardo Atxaga, publicada por la editorial Alfaguara. Para el crítico, justo con la publicación de este texto comenzaron los «inconvenientes», pues a partir de ahí sus trabajos empezaron a ser «retenidos» en la misma publicación donde ejerciera durante más de 14 años. A pesar de que el propio director de *El País*, Jesús Ceberio, asegurara, en suerte de irónica sentencia: «en modo alguno puede hablarse de censura»; una vez más quedaron expuestos los caminos que transita la política editorial del periódico, insertado junto a Alfaguara en el conglomerado mediático PRISA. La experiencia de Ignacio Echevarría motivó este diálogo y reveló, entre otros temas, las condiciones bajo las que se ejerce la crítica en los medios españoles.

En el camino hacia convertirse en uno de los críticos literarios más importantes de España, se ha encontrado seguramente con diversos estilos y modos de hacer Literatura. ¿Cómo valora Ud. el panorama actual de la Literatura española?

Eso de «uno de los críticos literarios más importantes de España» suena muy halagador, pero en el fondo es como decir nada o peor todavía: es como invocar uno de esos records absurdos en que la excelencia no entraña ningún mérito, como por ejemplo, el de lavarse los dientes con más frecuencia que nadie. En España, partamos de allí, apenas hay crítica literaria propiamente dicha, al menos en la prensa, de modo que —a poco que uno se lo tome con alguna seriedad, lo cual ya es mucho decir— no es difícil destacar en este oficio dudoso y más bien residual. Esto tiene que ver con el estado actual de la literatura española, que ofrece un panorama ecléctico y desarticulado, sin apenas contrastes, consecuencia de la nivelación de todos los valores en la que insiste machaconamente la industria cultural, que un día lanza a bombo y platillo a un autor como Juan Marsé o como Javier Marías, y al día siguiente lo hace con Arturo Pérez Reverte o Pedro Luis Zafón, y esa misma tarde con Zoe Valdés o Lucía Etxebarría. Todo pasa por ser literatura, sin más, sin graduación de valor. Y el resultado es un paisaje confortablemente anodino, como un campo de golf.

Hablando en términos de cultura en la más amplia acepción de la palabra, ¿qué saldo nos legará el hecho de que sean los intereses comerciales los que estén imponiendo gustos y estéticas?

Demos la vuelta a su planteamiento y digamos que el hecho de que sean los intereses comerciales los que estén imponiendo gustos y estéticas es el saldo que nos ha legado la inoperancia de la crítica, consecuencia, a su vez, de la deserción de la clase intelectual y el consiguiente abandono de sus órganos y de su representatividad a los agentes de la industria cultural, a cuyo campo se han pasado algunos por venalidad, otros por desesperación o por cobardía o por pereza.

En un mundo donde se publican cientos de miles de libros cada día, ¿cuál debe ser el papel del crítico literario?

En teoría, esa concurrencia de libros y más libros debería traducirse en una mayor relevancia de la crítica y de su función orientadora. Pero los intereses de la industria cultural conspiran en contra de esta relevancia, con el fin de que el papel del crítico literario lo asuma la publicidad. Siendo así, al crítico, que juega en inferioridad de condiciones, no le queda otro recurso que convertirse él mismo en un publicista y emplear las técnicas de la publicidad —es decir, la contundencia, el ingenio, la agresividad, la capacidad de acuñar consignas— para promover aquello mismo de lo que la publicidad misma no deja de ser un perverso simulacro: el sistema de valores en función del cual el propio crítico articula su lectura. En la medida en que, en esta tarea, se enfrenta a dificultades crecientes, buena parte de la energía del crítico; sin embargo, ha de consumirse en velar por la propia supervivencia de su oficio y cuanto comporta.

Constantino Bértolo afirma en su artículo «La muerte del crítico. Prisa contra Prisa»: «el crítico cruzó la linde de una propiedad que no se puede franquear impunemente. Echevarría abrió la ventana, dejó entrar la luz y señaló con el dedo». ¿Esperaba Ud. que le cortaran ese dedo, al decir del propio Bértolo? ¿Era consciente de las fronteras que estaba transgrediendo, así como de las posibles consecuencias tratándose de Prisa y de un medio como El País?

Ya en otro lugar he dejado dicho que la crítica, en cuanto género periodístico, sobrevive por virtud de las cuotas de credibilidad y de decoro que los grandes medios se sienten obligados a pagar para mantener su influencia. Así es a tal punto que las posibilidades de una crítica independiente son proporcionales al importe de la cuota que el medio en cuestión está dispuesto a pagar para asegurar esa credibilidad. Ese importe fijaría los límites en el que se desenvuelve la tarea del crítico. Este no puede dejar de reconocerlos, y deberá trabajar precisamente en esos límites; no dentro, sino en la raya misma de esos límites, que la actuación del crítico, si es comprometida y rigurosa, contribuirá a tensar y, acaso, a dilatar, dado que el reconocimiento de los propios límites no supone ni mucho menos su aceptación.

Así las cosas, circunstancias que determinaron mi «cese» como colaborador del diario *El País* no venían dadas desde siempre ni mucho menos, sino que son producto de la rebaja de las cuotas de credibilidad y de decoro que, de un tiempo a esta parte, el periódico se siente impelido a satisfacer. Esa rebaja es consecuencia, sin duda, del exceso de confianza que al periódico le inspira su aplastante hegemonía, y se viene traduciendo, entre otras cosas, en un estrechamiento progresivo de los límites que dentro del periódico se conceden a la crítica más o menos independiente. Quien durante años, como yo, había trabajado en esos límites, despertó un buen día fuera de ellos. Pero no por haberlos roto o temerariamente atravesado, sino porque esos límites habían reducido su círculo, y dejaban fuera a quien acampaba en sus lindes.

Dicho esto, el artículo de Constantino Bértolo ofrece, en clave política, un excelente análisis —el más perspicaz de cuantos se han hecho— de la situación, y nada tengo que objetar a lo que dice. Solo puedo añadir que sí, que yo era consciente de estar jugando un juego peligroso, si bien lo jugué desde la confianza de que podía salir, una vez más, ileso. Perder, en cualquier caso, ya sea un dedo o un puesto de trabajo, es el riesgo de actuar en los límites. Pero no cabe duda de que de otro modo no vale la pena actuar.

¿Cuáles han sido las consecuencias, en lo profesional y en lo personal, de su «caso», teniendo en cuenta consensos, diferencias y aclaraciones?

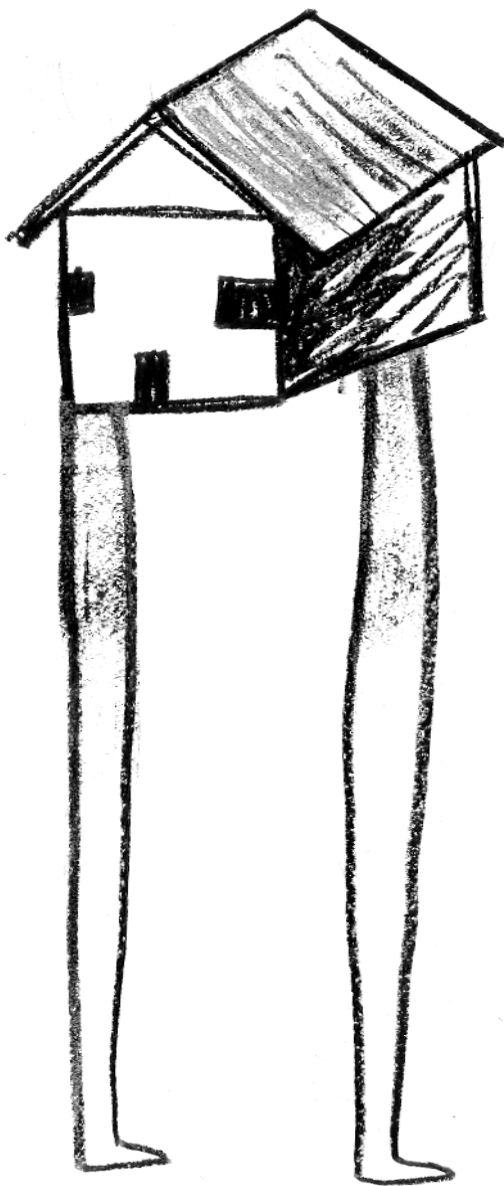
En lo personal está muy claro: he dejado de colaborar con *El País* y con ello he puesto término a una actividad desarrollada con entusiasmo y con pasión, pero también con dudas y con escrúpulos, a lo largo de quince años. En un plano más amplio, mi «carta abierta» y la cadena de reacciones que desató pienso que quizás hayan contribuido a poner en evidencia la situación cada vez más precaria en que la crítica misma sobrevive en la prensa española. No cabe ser muy optimista al respecto, pero hay motivos para esperar que ello sirva para cobrar conciencia del estado de las cosas y, a partir de ahí, se ensanche la posibilidad de que alguna vez cambien.

¿Puede un periódico como El País defender criterios culturales por sobre intereses comerciales y políticos?

Puede, por supuesto. Y debe. Otra cosa es que finalmente no lo haga, por razones precisamente comerciales y políticas.

Es posible el papel de la crítica y del crítico en los medios españoles de la actualidad. ¿Bajo qué condiciones?

Es posible, claro. Bajo condiciones, eso sí, de extrema vigilancia, y dentro de unos límites cada vez más estrechos, en competencia cada vez más desigual con la presión de la publicidad. Lo cual hace la tarea del crítico cada vez más difícil. Todo su arte consistirá entonces —como en los regímenes sometidos a censura— en sortear esos límites o en hacerlos polémicamente palpables.



Usted ha asegurado: «la industria cultural usurpa su lugar a la cultura propiamente dicha». ¿Será ese per se el futuro de la cultura en España?

En España y me temo que en todas partes. Como me temo que allí, donde excepcionalmente eso no esté ocurriendo, como por ejemplo en Cuba, haya que lidiar entonces con el dirigismo cultural, poco amigo, asimismo, de la crítica.

En los últimos meses ha tenido una gran cobertura informativa la novela El lado frío de la almohada, de la escritora Belén Gopegui, la cual ha provocado intensas polémicas en los distintos medios por el tema que trata. ¿Qué opinión le merece este otro «caso»?

Belén Gopegui se cuenta entre los poquísimos escritores españoles que no descarta para sus libros la posibilidad de intervenir críticamente en la sociedad. El precio que ha de pagar con ello, sin embargo, es renunciar a la amplia cobertura publicitaria —que no informativa— de la que gozan otros escritores menos enojosos. No es del todo cierto que su novela, políticamente explosiva, haya obtenido una gran atención mediática ni que haya dado lugar a intensas polémicas. Lejos de eso, más bien ha padecido la «ley del silencio» que impera sobre todo producto que no se ofrezca convenientemente homologado. A pesar de lo cual, la novela, como las anteriores de esta autora, se ha abierto camino entre un número nada despreciable de lectores (el libro va por su tercera edición) y ha promovido, en círculos siempre reducidos, estimulantes discusiones. Eso indica que hay razones para mantener viva la llama de la esperanza de que finalmente cunda el desacuerdo con un estado de cosas que nos quieren imponer como inevitable. A este respecto, la discusión sobre la legitimidad del régimen cubano, y el balance sobre los alcances de la Revolución, constituyen un buen objeto de reflexión, al que cabe arrancar múltiples lecciones y avisos. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n194_01/194_35.html



La contestadora

He contado otras veces que mi infancia y primera adolescencia transcurrieron ajenas al siglo XX. El televisor lo conocí solo en las visitas anuales a La Habana y con el teléfono sucedió algo parecido. Todavía —en mitad de la cuarentena— me siento como pez fuera del agua cuando en un grupo se comenta sobre series para niños u otros programas que «la gente del pueblo» vio cuando todos éramos chiquitos.

En los 60 había muy pocos teléfonos en la zona de Tamarindo. Recuerdo una pública —al lado de la farmacia— en la que uno debía esperar horas para comunicarse con La Habana o con lugares no tan lejanos como Chambas o Morón. Desde allí también se conectaba con el programa Once variedades, de la emisora radio Surco. Se trataba de una rústica discoteca, de la que Tania

y yo nos reímos a veces. Ella con candor y yo con profunda melancolía. Tras la complicada llamada telefónica se oía la voz «del compañero Vásquez» y enseguida se podía saludar a alguien muy querido y pedir un tema musical preferido, casi siempre esa canción que «te pegaba», te decía, te representaba ante la novia escurridiza del momento.

Ahora me he convertido en un amante del teléfono, sobre todo en su variante de correo electrónico. A los amigos les hago una llamada por cada tres o cuatro mensajes. El timbrado puede interrumpir desde el almuerzo hasta el momento culminante del amor; el e-mail no, se abre cuando estamos listos para enterarnos de lo que el mundo cercano o lejano nos informa desde la pantalla del ordenador.

Con la contestadora se me sale un poco el guajiro pertinaz que me habita. Claro que es útil, pero me resulta un tanto fría y distante. Por momentos funciona como una suerte de regaño. «No podemos atenderlo ahora», como diciéndote: «¿para qué molestas en este preciso momento?».

A los móviles o celulares no sé si llegaré con vida y con ánimo de seguir adaptándome a una tecnología que me llegó tarde. Algún colega me dirá que el maestro Estorino le buscó la vuelta a la computadora al filo de los 70. El móvil, en los países desarrollados parece haberse convertido en algo así como un cepillo de dientes, por lo de generalizado y también por lo de individual. Aquí es todavía raro, exótico, caro y exclusivo. Identifica a personas importantes o solventes. El grupo humorístico Pagola la Paga les ha dedicado un número a los orgullosos portadores de los móviles a la cubana. Alguna gente sacrifica otras necesidades por tal de andar con el telefonito, que luce muy bien en el cinto masculino o dentro de la cartera de las mujeres. Una cosa me pregunto, ¿si me regalaran uno, a quién llamo? Porque no conozco a casi nadie con celular y el compañero Vásquez —si existiera por algún lugar del dial o de la vida— no debe haberlo conseguido todavía. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n195_01/lacronica.html

Amado del Pino
Cuba

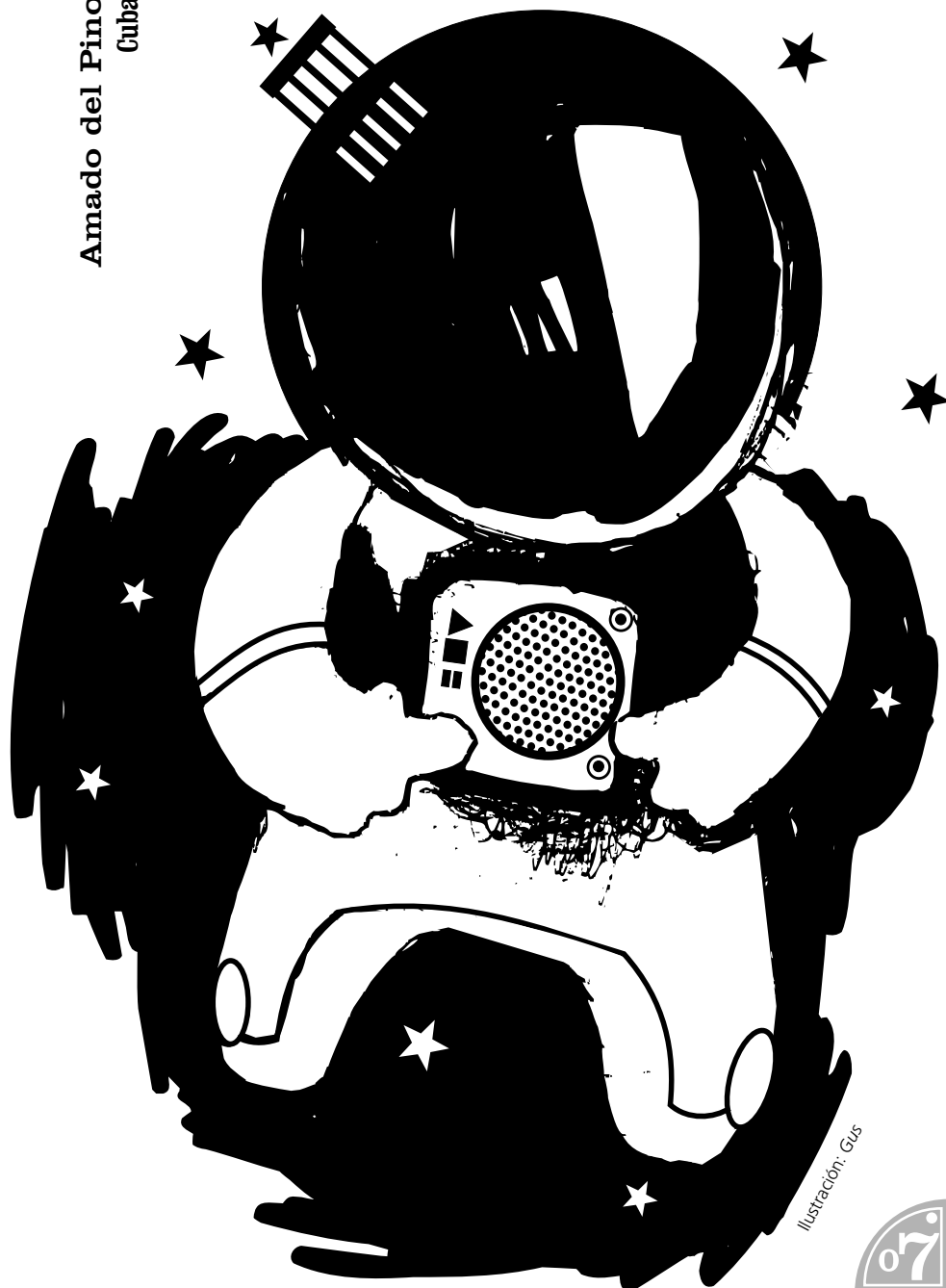


Ilustración: Gus



¿Qué opinión le merece y la promoción literarias

Encuesta de *La Jiribilla*:

Ángela Molina
España

La crítica: innovación estética del pensamiento

Lo ocurrido con el crítico Ignacio Echevarría es un asunto grave, y su moraleja, por así decir, es la interminable revelación de la dificultad del pensamiento independiente en España, aunque esta afirmación sería útil en otros contextos geográficos, igualmente atascados. El/la crítico, como afirmaba Cioran a propósito de la filosofía, tiene un pensamiento torturado, un pensar que se devora a sí mismo, que continúa intacto e incluso brilla a pesar de esos reiterados actos de autofagia.

Consuela pensar que de todo este asunto saldrá algo bueno, algo que sin duda los más altos responsables del periódico *El País* convertirán en una experiencia esencialmente inefable, la de ensanchar los márgenes del ejercicio de la prensa libre, que no es otra cosa que la autodeterminación del ser humano para ejercer su derecho a la libre expresión y opinión, algo que curiosamente se está publicitando en las páginas de este diario durante las últimas semanas, ilustrado con la fotografía de importantes periodistas, y que tiene como objetivo concienciar al ciudadano en la necesidad de votar a favor del Tratado de la Constitución Europea. Estos fueron y no deben dejar de ser los principios fundacionales de este periódico.

Hoy, la gran innovación estética del pensamiento es la crítica, y todos los que ejercen el abuso sobre ella cometen una acusación contra el lenguaje, y por lo tanto contra la palabra escrita, ese misterio fértil y maravilloso. Lo que nos llevaría a afirmar que la literatura, y por lo tanto su promoción, serán experimentadas como un lastre. Vivimos una época en que no solo las imágenes, sino también el lenguaje, han sido pervertidos a favor de la fantasmagoría, de la falsedad. La crítica ha sido degradada a la categoría de acontecimiento. No debemos entrar en esa habitación con el aire viciado. La censura y represalia contra Ignacio Echevarría eluden escrupulosamente el problema real en su medio, *El País*, ya que nos habla simplemente de un acontecimiento que ellos titulan policialmente «el caso Echevarría».

La crítica, como el silencio, existe por voluntad, por una decisión de romper lo que en principio parece inalterable. John Cage decía que no existía el silencio, porque siempre ocurre algo que produce un sonido.

A los que están preocupados únicamente con promocionar sus intereses económicos, habría que recordarles que todavía está vigente aquel pacto fáustico que han firmado con la verdad.

Ángela Molina: Crítica española.

Isaac Rosa
España

Seguimos inocentes

La crítica literaria, y en general la información cultural, no están ni mejor ni peor que el resto de secciones de información o de opinión de los

medios. Cuando sucede algo como lo de Ignacio Echevarría, los lectores de prensa experimentamos una repentina (y tardía) pérdida de la inocencia. Nos parece increíble que suceda algo así.

Se deshace momentáneamente (pero nunca de forma definitiva) el malentendido que sufre una mayoría de lectores: el hermoso (pero nocivo) malentendido que consagra el producto periodístico en base a unos ideales que estarían por encima de su condición mercantil, por los que tendría en cuenta valores como la objetividad, la independencia o la libertad de expresión, antes que los intereses particulares de las empresas propietarias. Lo que en cualquier sector parecería increíble, cuando no sospechoso (que un fabricante antepusiera nobles ideales y el respeto a sus clientes, por encima de su cuenta de resultados), es posible, o más bien verosímil, en el periodismo.

Mientras los lectores permanecemos inocentes y sostenemos el malentendido, los propietarios de diarios, en una muestra de sinceridad antes que de cinismo, no hablan ya de rotativos o redacciones, sino de empresas periodísticas, expresión en la que lo sustantivo es empresa, y periodística es adjetivo, en el sentido secundario, no esencial. Mientras los ejecutivos de las empresas periodísticas hablan en términos inequívocos de producto, mercado, objetivos, nosotros, cándidos lectores, seguimos diciendo editorial, periódico, información, crítica, y seguimos diciendo independencia, y seguimos creyendo que las opiniones son completamente libres o que los intereses privados son compatibles con los intereses colectivos o que el tamaño de la cartera de un anunciante no influye en su tratamiento informativo. Seguimos inocentes.

En el caso de la información cultural, tal vez la inocencia es mayor, por el prestigio que sigue teniendo lo cultural. Y sobre todo por culpa de unos pocos (y en retirada), como Ignacio Echevarría, que con su independencia sostiene (tal vez a su pesar) el malentendido que permite que nos creamos realmente informados, realmente libres.

Isaac Rosa: Periodista y narrador español.

Rodolfo Enrique Fogwill
Buenos Aires

Babelia parece peor

Ignoro el tema. Solo sigo con atención las páginas culturales de *El País* y el *ABC* de Madrid, a las que atiendo más como fenómeno cultural y documento político que como manifestaciones de la crítica. La crítica, en España, se procesa en otros espacios: mesas de bar, páginas de weblogs, revistas marginales o electrónicas y en recintos cerrados de la academia que jamás trascienden a la prensa. Lo mismo tiende a ocurrir en todos nuestros países.

La prensa se debe a su público, a sus patrones y a sus anunciantes publicitarios, entre los que se cuenta el Estado y esto deja poco lugar para la crítica. Basta mirar las portadas de los suplementos para verificar que se ajustan rigurosamente a la agenda oficial de

efemérides, eventos y lanzamientos editoriales y siempre en sincronización con la política y las estrategias de las corporaciones. Es sobre esa agenda en la que los medios piden «colaboraciones» a sus «críticos», que son en su mayoría *free lancers*.

Debe haber una expresión en español para referir este tipo de trabajador, pero es preferible nombrarlo así, para evocar la matriz laboral yanqui bajo la que se configura la gestión editorial. Por eso, en el caso Echevarría no habría que hablar de censura —el comentario fue publicado—, sino de represalias patronales. En verdad, el comentarista había incurrido muchas veces en estas indisciplinas, pero no bien apareció esa reseña, desde la Argentina y lo mismo desde Chile, la leímos convencidos de que, en la Babelia «rodarían cabezas», según la frase que semanas después empleó el columnista Rodríguez Rivero, del *ABC* cultural, que es otro que también se desplaza por la cuerda floja. Con *El hijo del acordeonista* se tocaban otros temas y ya era otro momento de España. Antes del 11-M, en tiempos del PP, cualquier manifestación de disidencia sumaba fuerzas a la oposición que alentaba el grupo económico que controla el periódico. Este año la escena es otra, llegaba la etapa de organizar las propias fuerzas y semanas antes, el mismo suplemento de *El País* escandalizó al

establishment y a la gusanería internacional con la publicación de un reportaje donde la Gopegui manifiesta su solidaridad con Cuba socialista.

Difícilmente la dirección del diario dejaría impune una nueva emisión de notas disonantes, porque la reseña, esta vez, no solo burlaba un costoso montaje editorial (aparecía como continuidad de un extenso reportaje al autor del libro, al cabo de cuya lectura nada haría prever su descalificación), sino que volvía a denunciar lo que en marketing librero se llama «una fuerte apuesta editorial», agravada en este caso por lo que parece una fuerte apuesta política del grupo económico Prisa-Alfaguara: proyectar a un autor vasco a la lista de *best sellers* y abrir una apariencia de diálogo sobre uno de los temas tabú de la cultura española. El otro es el de la monarquía, un tema que para esa nación de súbditos pasa graciosamente desapercibido. Aún hoy, los lectores de Sudamérica revisan cada edición de Babelia para ver cuánto ha empeorado con el cambio. No pocos aguardan la aparición de una nueva reseña de Ignacio Echevarría y esto es algo que nadie debe descartar.

Leída así, sin su firma, la Babelia parece peor. No creo que sea peor: sigue igual y apenas un poco más desacreditada. Pienso que la continuidad de la proscripción es lo mejor que puede sucederle al comentarista: le abrirá nuevos espacios y le propondrá nuevos temas y géneros a su trabajo, que espero nunca más vuelva a ser corporativo. Es un intelectual que ya ha creado su público y tiene mucho por decir que

no vale la pena grabar sobre un papel de los sábados que cada lunes se recicla en las manufacturas de cartón barato y solo se recuerda cuando da lugar a un pequeño escándalo. Sobre los ecos del episodio, los más rescatables fueron la carta de Ignacio, su ulterior intervención aclaratoria sobre las relaciones ocasionales entre la indigencia narrativa e incompetencia moral y el brillante análisis de la escena efectuado por Constantino Bértolo en *El Mundo*, que llegó a mi país vía el weblog de Arcadi Spada, y finalmente, lo que lleva a pensar en la respuesta de Atxaga, cuando alguien, interpellándolo como «amigo Atxaga» lo invitó a sumar su firma a las de quienes manifestamos nuestra solidaridad con el crítico, recordó a todos que en la lista, «Solidarios con Ignacio Echevarría» abundan firmas de gente que no merece amistad ni clemencia: tiburones editoriales, críticos venales y colaboradores de la gusanería de *Letras Libres*. «Ustedes no son mis amigos, y no debieran dirigirse a mí como tales» —comienza la respuesta. Agrega que nunca se ha visto a los firmantes en una movilización de protesta contra la censura de prensa en el País Vasco ni en los diversos actos contra la tortura en España, en los que, para la perspectiva de tantos súbditos, solo participan los humanistas e izquierdistas trasnochados.

Rodolfo Enrique Fogwill: Sociólogo y narrador argentino.

Enrique Vila-Matas
Barcelona

Solo lo difícil es estimulante

Aunque con notables excepciones (Ignacio Echevarría es, sin duda, una de ellas, es im-



Ilustraciones: Sarmiento

el estado actual de la crítica en los medios españoles?

prescindible que siga ejerciendo la crítica en España, aunque me temo que quiere abandonar), no se distingue precisamente el panorama literario de mi país por el nivel alto de sus críticos o el de sus creadores. En realidad, no hay ningún país actualmente en el que se haya podido detectar un cierto esplendor artístico en una dirección u otra.

Hasta en los lugares con una mayor tradición lectora (Alemania, Francia) el nivel de la crítica es bajo y triunfa (como en todas partes) la mediocridad de obras que en su gran mayoría constituyen un insulto a la inteligencia de los lectores que, a su vez, en gran parte, han dejado de ser inteligentes. En las circunstancias actuales (donde no todo es culpa del mercado, sino también de los propios autores que rebajan su ambición para hacerse con un lugar al sol), no solo en España, sino en el resto del mundo, el panorama que le espera a la literatura parece, a primera vista, sombrío y difícil. Pero quiero creer que solo lo parece. Porque aunque nos resulte ahora extraño escucharlo, ese panorama desesperante puede también ayudar a escribir. Se trata de una paradoja kafkiana en la que deberíamos creer, pues no hay que olvidar que, a pesar de todo, la literatura sigue viva, solo la literatura «dice» hoy en día un lenguaje distinto. Lo que ya no puede empeorar más, tiende siempre a mejorar, por muy difícil que parezca que eso ocurra. Y no hay que olvidar que, como decía Lezama Lima, «solo lo difícil es estimulante».

Enrique Vila-Matas: Narrador español.

Jorge Herralde España

«Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad»

El peso de la promoción es mucho más importante que el de la crítica, sea esta favorable o desfavorable, lo cual acentúa inevitablemente la imperante banalización cultural.

Existen varios suplementos literarios de periódicos importantes cuya propiedad pertenece a empresas con editoriales propias. Así, Babelia, de *El País*, y el grupo Santillana (Alfaguara, Taurus, Aguilar); *El Cultural*, de *El Mundo*, y la editorial La Esfera de los Libros; *Libros*, de *El Periódico*, y Ediciones B; *La Razón*, y ahora *Avui*, y Planeta. Tales «pecados originales» pueden convertirse, en la práctica, en «mortales» o «veniales», por seguir con tal terminología. Y la pureza no puede ser de este mundo, como es bien sabido.

La influencia de las revistas culturales es muy escasa ya que sus tirajes son en general raquíticos.

En cuanto a Ignacio Echevarría, buen amigo, lo considero un excelente e imprescindible crítico, aunque no siempre esté de acuerdo con sus reseñas (en especial cuando se refieren, de forma negativa y a mi juicio discutible, a autores de Anagrama que he leído con atención), pero ello no empañan ni mi admiración ni nuestra amistad. Respecto a su conflicto con *El País*, basta repasar las palabras de la propia Defensora del Lector de dicho periódico, Malén Aznarez.

En resumen, regresemos al olvidado Antonio Gramsci y a su célebre frase: «Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad».

Jorge Herralde: Editor español.

Guillem Martínez Barcelona

Una actitud exótica

Así, a lo bestia, se podría contestar tranquilamente a su pregunta que la promoción literaria vive hoy en España su edad de oro. Pura bicoca, no es ese el estado —de salud y mental— de la crítica. Lo que invita a pensar que la promoción tiene mucho que ver con la cultura española, pero no así la crítica, que en la cultura española es un peligro. O incluso, algo peor. Es decir, algo menos épico. Un absurdo, un extranjerismo, una pose innecesaria y que nadie comprende. No se vayan, que me explico, amiguitos.

Durante el franquismo, la cultura española sufrió en el exterior, el exilio y la desconexión respecto al interior. En el interior, a su vez, se sufrió, entre otros absurdos, el exterminio de la tradición exiliada. Con la instauración de la democracia, hubiera parecido razonable que España reinstaurara, también, una normalidad cultural. Una normalidad cultural es difícil tras esos paréntesis dictatoriales tan hispanos, tan nuestros y que duran tanto. No obstante, parece ser que, entre todas las posibilidades de solución al respecto, nuestra sociedad se ha decidido por instaurar una normalidad cultural sustentada en su subnormalidad cultural.

Subnormalidad cultural, trailer: la democracia en España vino fruto no del perdón, la condena o la catarsis del pasado —tres maneras elegantes de tirar para adelante—, sino a partir de la omisión del pasado. En sus momentos genéricos, el pasado era desestabilizante para la democracia española, una democracia en la que participaban todos los grandes responsables del pasado. Cualquier problemática que pudiera plantearse era considerada desestabilizadora. La sociedad española consumió muchos esfuerzos en no crear desestabilización. Uno de los esfuerzos consumidos más llamativos fue, tal vez, la inteligencia. Y eso se traduce en una cultura en la que no prima la inteligencia, sino la ausencia de conflicto, complaciente, cuyo objetivo no es crear puntos de vista críticos —concebidos como desestabilizadores—, sino crear puntos de vista amables. O simplemente, no crear puntos de vista.

La cultura española construida desde la Transición es así una cultura nacionalista —defiende los productos nativos por el mero hecho de ser nativos, sin más valor—, castiza —no es exportable; la cultura española se ha especializado en no hablar de sí misma; nuestros principales productos literarios son sentimentales o costumbristas, dos géneros que permiten hablar de la realidad sin ser problemáticos—, muy vinculada al poder —por no ser desestabilizadora—, la cultura española y sus profesionales, durante tres días de marzo del año pasado, fueron incapaces de

decir lo que se decía abiertamente y por escrito en otras culturas europeas: que el Gobierno español mentía. Por ende, y resumiendo todo lo anterior, la cultura española es, fundamentalmente, acrítica. Y ese es su gran valor. Es más, cualquier objeto cultural que contenga crítica es percibido como no vinculado a esta cultura, como objeto foráneo, fanático, estridente o rencoroso, por utilizar otro tipo de calidad.

Todos esos valores citados crean un profesional de la cultura —escritor, crítico, periodista o Ministro de Cultura— muy uniforme, que escribe accesos a la realidad y al arte muy parecidos, tal vez con verdadero terror a ser diferentes. Quizás, la única forma de diferenciarse de un intelectual medio frente a otro es la promoción. Es decir, aparecer en los medios. Lo cual, a su vez, crea un profesional muy complaciente con ellos, y que entiende que su trabajo es publicar sin vertebrar ideas. Unos medios que, a su vez, comparten con sus usuarios la cultura no-problemática y no-desestabilizada.

La cultura española, así, no tiene mecanismos para diferenciar lo que es una crítica, un arma de destrucción masiva o un botijo. Y en la duda, arremete contra los dos primeros conceptos. La cultura española no tiene mecanismos para defenderse del estado y de las empresas culturales, dos cacharros que comparten y vertebran la cultura española, que se confunden con ella, que carecen de control intelectual —un intelectual español, por todo lo dicho anteriormente, carece en su horizonte de la idea de ser problemático ante el estado o su empresa—, y que por eso mismo no son muy poco criticados por el intelectual español.

La problemática que denunció Echevarría en su carta no es, pues, una problemática exótica. Lo único exótico en toda la polémica ha sido la actitud de Echevarría —valiente, individualista, transparente y con un discurso coherente; cuatro exotismos locales—, al darles palabras a las dinámicas cotidianas. También ha sido exótica la respuesta de los principales intelectuales españoles e iberoamericanos o latinoamericanos, o como diablos se diga, tan confundidos en ocasiones con la cultura española que hay días enteros en los que crees que comparten los mismos mecanismos acríticos. Y, por último, han sido exóticas las críticas a la cultura española que han nacido, implícitamente, si bien no explícitamente, con tanto exotismo. Por primera vez, en los veintipicos

de años que llevamos con el mismo modelo cultural.

No obstante, lo exótico es lo contrario de lo típico. Tanto exotismo es muy poco para que cambie la dinámica acrítica de la cultura española. La única gran cultura europea que puede vivir —o morir lentamente—, no ya sin crítica especializada —de la que Ignacio era un/el puntal—, sino sin crítica a secas. De hecho, en lo que es una orientación de la cultura en la que vivimos, la polémica suscitada por Ignacio ha sido utilizada como arma arrojada de unos grupos de comunicación frente a otros. Medios diferentes, pero que comparten una misma idea estabilizadora de cultura española, y que han españolizado y tipificado la polémica exótica, utilizándola en guerras y pataletas de grupos de comunicación y de empresas culturales —quizás la única beligerancia cultural posible en España—. Ignacio ha sido el primero en dibujar con su cuerpo los límites de la cultura española —sus posibilidades críticas, sus vinculaciones económicas, su carácter de pequeña cultura mundial. Será curioso saber si Ignacio, el hombre que se rió de la cultura española, volverá a trabajar en un medio español. Es decir, en la cultura española.

Guillem Martínez: Periodista y guionista español.

Rafael Gumucio Chile

El «alivio» de la crítica

Me parece pésimo y triste para los latinoamericanos víctimas de tantas dictaduras y caudillajes (de derecha, de izquierda o de ambos lados a la vez) saber que en España, la madre patria y cuna de gran parte de nuestra cultura, sea posible la crítica, la democracia y la libertad, era un alivio.

Pero vemos que sucumben nuestros padres europeos en los peores defectos de Latinoamérica, la coima, la censura, la castración, el servilismo y la estupidez nacionalistas. Saber que de ahí vienen mis ancestros no sé por qué, me hace entender que no les será tan fácil a mis descendientes salir del círculo vicioso. ▀

Rafael Gumucio: Periodista y escritor chileno.

http://www.lajiribilla.cu/2005/n191_01/191_22.html



raíces de la resistencia al neo liberalismo

Viene de la página primera

b) acrecentó la gravitación de otras fuerzas sociales y políticas ya existentes pero que, hasta ese momento, carecían de una proyección nacional debido a los insuficientes niveles de movilización y organización que las caracterizaban y a las dificultades para instalar sobre el terreno de la política nacional sus formatos organizativos, tácticas de lucha y reivindicaciones históricas. En una enumeración que no pretende ser exhaustiva señalaríamos el caso de los campesinos en Brasil y México o el de los pueblos originarios en Ecuador, Bolivia y parte de México y Mesoamérica.

c) atrajo a las filas de la contestación al neoliberalismo a grupos y sectores sociales intermedios, las llamadas «clases medias», a causa de sus impactos pauperizadores y excluyentes o, como en el caso argentino, por la lisa y llana expropiación de sus ahorros sufrida por estos grupos a mano de los grandes bancos y con la complicidad del gobierno. Los «caceroleros» argentinos son un ejemplo muy concreto, pero también lo son los médicos y trabajadores de la salud en El Salvador o los grupos movilizadores por la «Guerra del agua» en Cochabamba o la resistencia a las políticas privatizadoras del gobierno peruano en Arequipa.

Los infranqueables límites de los «capitalismos democráticos»

En segundo término es preciso decir que el surgimiento de estas nuevas expresiones de resistencia al neoliberalismo se relaciona íntimamente con el fracaso de los «capitalismos democráticos» en la región. Aclaremos que preferimos utilizar esta expresión en lugar de las más usuales como «democracias capitalistas» o «democracias burguesas» porque, tal como lo demostráramos en otra parte, estas acepciones más corrientes ofrecen una imagen distorsionada de la realidad política y social de los estados de la región al sugerir que en ellos lo esencial es su componente democrático siendo lo «capitalista» o lo «burgués» meros aditamentos adjetivos a un orden político fundamentalmente democrático cuando la realidad enseña exactamente lo contrario. Baste con señalar que la frustración generada por el desempeño de los regímenes llamados democráticos en esta parte del mundo ha sido intensa, profunda y prolongada.¹

Fue de la mano de estas peculiares «democracias», que florecieron en la región a partir de los años 80, cuando las condiciones sociales empeoraron dramáticamente. Mientras que en otras latitudes el capitalismo democrático aparecía como promotor del bienestar material y cautelosamente tolerante ante las reivindicaciones igualitaristas que proponía el movimiento popular —e insistamos en eso de que aparecía porque, en realidad, tales resultados eran consecuencia de las luchas sociales de las clases subalternas en contra de los capitalistas— en América Latina la democracia trajo bajo el brazo políticas de ajuste y estabilización, precarización laboral, altas tasas de desocupación, aumento vertiginoso de la pobreza, vulnerabilidad externa, endeudamiento desenfrenado y extranjerización de nuestras economías. Democracias pues vacías de todo contenido, reducidas —como recordaba Fernando H. Cardoso antes de ser presidente del Brasil— a una mueca sin gusto ni rabia incapaz «de eliminar el olor de farsa de la política democrática», causado por la incapacidad de ese régimen político para introducir reformas de fondo en el sistema productivo y «en las formas de distribución y apropiación de las riquezas.»²

Tal como lo planteáramos en «Tras el búho de Minerva», nuestra región

apenas si ha conocido el grado más bajo en la escala de desarrollo democrático posible dentro de los estrechos márgenes de maniobra que permite la estructura de la sociedad capitalista. Democracias meramente electorales, es decir, regímenes políticos sustantivamente oligárquicos, controlados por el gran capital con total independencia de los partidos gobernantes que asumen las tareas de gestión en nombre de aquel, pero donde el pueblo es convocado cada cuatro o cinco años a elegir quién o quiénes serán los encargados de sojuzgarlo. Con democracias de este tipo no es casual que, al cabo de reiteradas frustraciones, se produzca el renacimiento de fuerzas sociales de izquierda y el avance de los movimientos que resisten a la globalización neoliberal.

La problemática de la organización

En tercer lugar habría que decir que este proceso ha sido también alimentado por la crisis que se ha abatido sobre los formatos tradicionales de representación política. Pocas dudas caben de que la nueva morfología de la protesta social en nuestra región es un síntoma de la decadencia de los grandes partidos populistas y de izquierda, de los viejos modelos de organización sindical y de las formas tradicionales de lucha política y social. Decadencia que, sin duda, se explica por las transformaciones ocurridas en la «base social» típica de esos formatos organizativos debido a: la creciente heterogeneidad del «universo asalariado»; la declinante gravitación cuantitativa del proletariado industrial en el conjunto de las clases subalternas y la aparición de un voluminoso «subproletariado» —denominado «pobretariado» por Frei Betto— que incluye a un vasto conjunto de desocupados permanentes, trabajadores ocasionales, precarizados e informales, cuentapropistas de subsistencia (los futuros «empresarios schumpeterianos», en la delirante visión del teórico neoliberal peruano Hernando de Soto) y toda una vasta masa marginal a la que el capitalismo ha declarado como «redundante» e «inexplotable.» Esto, en una sociedad como la capitalista que se asienta sobre la relación salarial, significa que esas masas ya no tienen derecho a vivir. De ahí que con sus políticas y sus criminales de «cuello blanco» y con estudios doctorales de economía en los EE.UU. el neoliberalismo practique una silenciosa, pero efectiva eutanasia de los pobres en América Latina, África y Asia.

La decadencia de los formatos tradicionales de organización se relaciona, como si lo anterior no fuera poco, con la explosión de múltiples identidades (étnicas, lingüísticas, de género, de opción sexual, etc.) que redefinen hacia la baja la relevancia de las tradicionales variables clasistas. Si a esta enumeración le añadimos la inadecuación de los partidos políticos y los sindicatos para descifrar correctamente las claves de nuestro tiempo, la esclerosis de sus estructuras y prácticas organizativas (no en todos los casos igual, pero sí predominantemente), y el anacronismo de sus discursos y estrategias comunicacionales, se comprenderán muy fácilmente por un lado las razones por las que estos entraron en crisis; y, por el otro, las que explican la emergencia de nuevas formas de lucha y movimientos de protesta social. Unas y otros son también síntomas elocuentes de la progresiva irrelevancia de las llamadas instituciones representativas para canalizar las aspiraciones ciudadanas, lo que a su vez explica, al menos en parte, el visceral —y suicida!— rechazo de las fuerzas sociales emergentes a enfrentar seriamente la problemática de la organización que tantos debates originara a comienzos del siglo XX en el movimiento obrero, y el creciente atractivo que sobre dichos sujetos ejerce la «acción directa». Tal como lo demuestra contundentemente la experiencia argentina es de la mayor importancia abrir una discusión que permita dilucidar las razones por las cuales un vigoroso movimiento popular pudo poner fin a un gobierno, el de la Alianza presidido por Fernando de la Rúa, pero no pudo poner fin al ensayo neoliberal. Lo mismo aconteció en Ecuador y, más recientemente, en octubre del 2003, en Bolivia. Esta asignatura está aún pendiente en los movimientos populares de América Latina.

Globalización de las luchas

Un cuarto y último factor, en una lista que no intenta ser exhaustiva, que explica la emergencia de nuevas fuerzas sociales es la globalización de las luchas en contra del neoliberalismo. Estas comenzaron y se difundieron rápidamente por todo el orbe a partir de iniciativas que no surgieron ni de partidos ni de sindicatos ni menos todavía se generaron en la «escena política oficial». En el caso latinoamericano el papel estelar lo cumplió el zapatismo, al emerger de la Selva Lacandona el 1º de enero de 1994 y declarar la guerra al neoliberalismo. La incansable labor del MST en Brasil, otra organización no tradicional, amplificó considerablemente el impacto de los zapatistas. Luego, en una verdadera avalancha, se sucedieron grandes movilizaciones de campesinos e indígenas en Bolivia, Ecuador, Perú y en algunas regiones de Colombia y Chile.

Las luchas de los piqueteros argentinos, lanzadas como respuesta a las privatizaciones del menemismo, son de la misma época y se inscriben en la misma tendencia general. Los acontecimientos de Seattle y otros similares escenificados en Washington, Nueva York, París, Génova, Gotemburgo y otras grandes ciudades del mundo desarrollado le dieron a la protesta en contra del Consenso de Washington una impronta universal, ratificada año tras año por los impresionantes progresos experimentados por la convocatoria del Foro Social Mundial de Porto Alegre. Se produjo así una especie de «efecto dominó» que, sin lugar a dudas y contrariando una teorización muy difundida en nuestro tiempo, la de Hardt y Negri en Imperio, reveló la comunicación existente entre las luchas sociales y procesos políticos puestos en juego en los más apartados rincones del planeta.

El neoliberalismo armado

Dadas la proliferación y la fortaleza de los movimientos contrarios al neoliberalismo no sorprende su explícita transformación en una doctrina y una práctica fuertemente autoritarias. A medida que sus políticas tropezaban con una creciente resistencia popular tanto en los capitalismos metropolitanos como en la periferia, el neoliberalismo fue progresivamente abandonando su fachada falsamente democrática y demostró que en el fondo no era otra cosa que un proyecto reaccionario y autoritario de contrarformas que pretendía disimularse en la supuesta racionalidad y anonimato del mercado. En este proceso involutivo podemos distinguir tres etapas: una primera, anterior a los acontecimientos de Seattle, en noviembre de 1999, en la cual el neoliberalismo se empeñaba en mostrar su «rostro humano» y en exhibirse como el portador de la sensatez técnica en el manejo de las complejas cuestiones económicas. Luego del trauma de Seattle el neoliberalismo elabora estrategias defensivas y comienza a desarrollar un discurso y una práctica orientados a la militarización de la política y a la criminalización de la protesta social. Huelga aclarar que estas directivas provenían de Washington y eran transmitidas a través de una densa red de mediaciones que las presentaban no como una estrategia en contra de la protesta social, sino como parte de un plan socialmente más ambiguo diseñado para combatir al narcotráfico y las insurgencias guerrilleras de la región.

La etapa posterior, la tercera, está marcada por el evento traumático del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono y comienza, para ser muy estrictos, con el anuncio de la nueva doctrina estratégica norteamericana en septiembre de 2002, donde se afirma el principio de la «guerra preventiva» y se clausura en los hechos la posibilidad de un orden internacional plural a partir del principio de que, en palabras del presidente George W. Bush Jr., «esta es una guerra entre el bien y el mal, y Dios no es neutral». En esta interpretación Dios, naturalmente, está del lado de los mercados y la democracia liberal al estilo norteamericano. Quienes no comprendan una verdad tan elemental como esta, un axioma que no requiere de prueba alguna, solo pueden ser personeros del mal a los cuales se les debe tratar sin ninguna clase de contemplaciones. Su mera existencia como seres humanos poseedores de derechos inalienables

se desvanece, ante los ojos de los imperialistas de hoy, de la misma manera como lo hiciera la humanidad de los pueblos originarios de América Latina ante la llegada de los conquistadores ibéricos.

La satanización de los críticos de la globalización neoliberal, unida al vertiginoso endurecimiento del clima ideológico y político nacional e internacional, provocó en los meses inmediatamente posteriores a los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 un importante reflujo en las movilizaciones y las protestas que se venían produciendo con un ritmo cada vez más intenso en numerosos países. No obstante ello, pocos meses después la ofensiva de los movimientos sociales contrarios a la globalización neoliberal recuperó su dinámica expansiva, que se ha sostenido hasta la actualidad. Es que tales protestas nada tienen de coyuntural, sino que son indicativas de una condición estructural de esta nueva fase del desarrollo capitalista, en la cual la proporción de excluidos sin ninguna posibilidad de reintegrarse al mercado de trabajo crece sin cesar. En ese sentido, la exitosa realización del Foro Social Mundial de Porto Alegre a comienzos del 2002, cuando aún no se terminaban de remover los escombros de las Torres Gemelas de Nueva York, fue de alguna manera el síntoma de una irresistible recuperación, que se ratificaría después en numerosas ciudades de las Américas y Europa, para encontrar su apogeo en las gigantescas demostraciones de Génova y poco después en Florencia, durante la realización del Foro Social Europeo en noviembre del 2002.

Por otra parte, las formidables manifestaciones contrarias a la guerra de Iraq y muy particularmente las que tuvieron lugar en las principales ciudades del mundo el 15 de febrero del 2003 en la Jornada de Protesta Global contra la Guerra promovida desde el Tercer Foro Social Mundial de Porto Alegre, que convocaron en ciudades como Londres, Roma, Madrid, Barcelona, París y Berlín, entre tantas otras, a la más gran cantidad de personas jamás vista, ratificaron este ascenso de la lucha de masas contra el neoliberalismo y la agresión imperialista. La exitosa realización del IV Foro Social Mundial en Mumbay, en febrero del 2004, y la revitalización de las luchas contra el ALCA en toda América Latina son otras tantas señales de que pese a su creciente despliegue represivo las clases dominantes no logran detener a las fuerzas sociales contestatarias.

En este marco no puede sorprender la renovada agresividad del imperialismo y sus aliados locales, evidenciada en Afganistán e Iraq y también por su incondicional apoyo al fascista Sharon en Israel y a cuanto gobierno reaccionario exista en el mundo. Violencia que se manifiesta, en América Latina, por la escalada de agresiones y hostigamientos contra Cuba y Venezuela, y contra cualquier gobierno que en América Latina insinúe tímidas críticas a los intereses dominantes. El neoliberalismo, despojado de todas sus artificiosas justificaciones morales, se presenta ahora desnudo, fuertemente armado y dispuesto a todo. Ante esto sería bueno que los movimientos sociales latinoamericanos y, sobre todo, las siempre titubeantes buenas almas progresistas, recordasen la sentencia que el Dante inscribiera en la entrada del Séptimo Círculo del Infierno: «este lugar, el más horrendo y ardiente del infierno, está reservado para aquellos que en tiempos de crisis moral optaron por la neutralidad.» ■

Notas

1. Atilio A. Borón, «Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo» (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000), pp. 149-184.

2. Fernando Henrique Cardoso, «La democracia en América Latina», en Punto de Vista (Buenos Aires), N° 23, abril de 1985.

* Atilio A. Borón, politólogo argentino, es secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Publicado en América Latina en Movimiento, No. 385-386, edición especial, Foro Social de las Américas, ALAI, 20 julio de 2004.

Pedro de la Hoz
Cuba

¿Tienen algo nuevo que decir Los Van Van? ¿Podrán seguir movilizando los intereses de los bailadores? Todo parece indicar que sí. En Cuba —vista hace fe— cada presencia suya en el cartel de una sesión bailable, sea a cielo abierto con intensos aires populares o en los exclusivos reductos de los hoteles de administración extranjera o en las Casas de la Música que funcionan bajo el signo del CUC (peso cubano convertible), asegura en un caso la multitud y en otro la taquilla.

Pero la demostración más viva de permanencia en la cresta de la ola de las orquestas cubanas de música bailable se tiene ante la audición de su más reciente producción fonográfica, *Chapeando* (Unicornio, 2004), que devuelve a las huestes de Juan Formell al seno de la discografía doméstica luego de su controversial paso por la firma Caliente.

Lo que en los últimos discos grabados en vivo se advertía, aquí cuaja a plenitud: el perfil de Los Van Van de comienzos de siglo XXI, una orquesta que, sin perder su sello original ni hacer alarde de una ruptura en su paso de avance, ofrece una solución de continuidad a un trabajo de más de tres décadas.

Formell ha conseguido impregnar de sus códigos estilísticos a los más jóvenes integrantes de la agrupación, sin atentar contra las posibilidades individuales. No es cosa nueva en él. Ya en Los Van Van de los comienzos, la relativa autonomía de la que gozaron José Luis Quintana (Changuito) primero, y luego César Pedroso, permitieron el ensanchamiento de la originalidad del sonido orquestal.

Ahora se observa, de una parte, el ajuste estilístico y el crecimiento estilístico de Samuel Formell, a cargo de la batería y responsabilizado con la sucesión al mando de la banda; el pianista Roberto Carlos Rodríguez (Cucurucho) y el tecladista Boris Luna, y de otra, la siempre deseada complementación del equipo vocal, integrado por Roberto Hernández (Robertón), Mario Rivera (Mayito), Jenny Valdés y Abdel Rasalps (Lele).

En el plano del repertorio, las posibilidades bailables no se reducen a lo que ofrece la «timba dura», sino que esta, en los temas más exorbitantes, se presenta sumamente enriquecida con diversas apropiaciones intergenéricas y desplazamientos estructurales que revelan las renovadas inquietudes formales de Formell. Quizá sea interesante glosar cada uno de los temas del fonograma para aproximarnos a dichas búsquedas o en todo caso, señalar también algunas carencias:

«Chapeando» (Juan Formell): Su entorno sonoro parte de lo que dejó «Ampárame». Invocación profana. Curiosamente se le pide protección a Yemayá para cruzar los mares, aunque la simbología de la «chapea» aluda a Elegguá, abridor de caminos en el panteón yoruba. La mezcla optimiza el resultado de los pujantes toques y claves.

«Corazón» (Samuel Formell): Sencilla, pero convincente apelación sentimental, servida para bailar casino, bajo una marcha muy definida, en el más puro estilo Van Van. En la parte propositiva se observan ciertos tintes funkies perfectamente asimilados. Al final, con los últimos coros, se desata el «timbeo», aderezado por un simulacro rock a cargo de Boris Luna.

«Después de todo» (Juan Formell): Balada felizmente travestida gracias a la maestría orquestal del propio autor al logro de la sección de cuerdas encabezada por Irving Frómeta y a la contaminación rumbera. De lo contrario no pasaría de ser una de esas canciones «montoneras» (del montón) de la mal llamada «música romántica», con salsa de ñapa.

«No pidas más prestado» (Juan Formell): El maestro vuelve por sus fueros como cronista social de su tiempo. Crítica al «picador». Melodías de aparente fácil manejo, pero sumamente coherentes y creativas. «Breakes» precisos. Coros que harán época. Cien puntos para bailar.

«Por qué no te enamoras» (Cándido Fabrè): Soberbia recreación de uno de los frutos de la cosecha sonera de Fabrè. No es casual cederle la parte vocal a Robertón. Obsérvese cómo se puede coreografiar escalonadamente: de las vueltas del casino al «despelote». Orquestación inteligente, rica pero discreta, para que las guías rítmicas no se pierdan.

«Te recordaremos» (Diego El Cigala): En apariencias, una declaración de amor a Cuba. No pasa de ser un truco publicitario. Los Van Van no necesitan del cantaor para subir valores. El Cigala no necesita de Los Van Van para ser quien es. Texto ingenuo. Resultado olvidable.

«Anda, ven y quíereme» (Juan Formell): De Tío Tom a Fidel Morales y José Luis Cortés, los barrios de La Habana han sido asunto de rumbas y sones. Formell ofrece su versión o mejor dicho, se la sirve a Lele, «hijo de un fundador» de Los Van Van, como dice el texto. Pieza disfrutable para el baile de arriba



VAN
VAN

chapea duro y con ganas

abajo. Y con una fuerte carga de crítica de costumbres en el montuno final.

«Nada» (Juan Formell): Pareciera, al inicio, una vuelta al pasado. Se percibe el regusto por aquella legendaria «Yuya Martínez» de los 70. Pero, cuidado, porque los acentos bachateros, llevados a un primer plano por una percusión machacóna, le confieren otro aire. Jenny explota sus mejores facetas vocales, con buena dosis de histrionismo. Boris simula el tres con fortuna. Y para variar, rap intercalado.

«La buena» (Roberto C. Rodríguez y Jorge Díaz): Songo de corte satírico. Muestra de ajuste al estilo Formell. El segundo coro es lo mejor de la pieza.

«Agua» (Samuel Formell): Tema suficientemente probado en los bailes populares. La letra es solo un pretexto para desarrollar varias de las ideas temáticas más interesantes en la evolución de la timba. Estructuralmente complejo el discurso interno de la obra, sustentado en una orquestación brillante y, sin embargo, perfectamente bailable.

«Ven, ven, ven» (Roberto C. Rodríguez y Jorge Díaz): Los jóvenes miran la orquesta por dentro. Reafirmación de la poética formelliana. Cuando dicen que «Yo soy Van Van el mismo de siempre» apuntan a una solución de continuidad, no a la mimesis. Se reciclan viejos coros y estribillos. Es

el corte que más se acerca a la explosividad de la orquesta en sus presentaciones en vivo. Más son que timba.

«El montuno» (Juan Formell): Aquí es Formell el que reafirma su poética: dar al bailar del día lo que este se merece. Aflora con fuerza irreductible su raíz. Es interesante el carácter polémico del texto: «¿Será posible / componer un montuno / con texto profundo / y que sea bueno para bailar / ¿Será posible / organizar los sentidos / y analizar el contenido / directamente a los pies?» Quien esto escribe no tiene prejuicios en «organizar los sentidos» y echar un pie. No puede ser de otra manera, pues Formell ha dispuesto un solo de Cucurucho, otro de Samuelito, una incursión del trompetista invitado Alexander Rodríguez y el magnífico trombonista Hugo Morejón unos mambos, que no pueden dejarse de saborear con el sentido del oído y la cabeza clara, no mala.

Al final, vuelve «Chapeando». Más baile, pero sobre todo, como ha dicho del disco el notable etnólogo y folclorista Rogelio Martínez Furé esta «es música fundadora de identidades». ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n194_01/194_26.html

El desafío de fundar una literatura latinoamericana

Entrevista con
Liliana Heker



Ilustración: Raupa

Jorge Luis
Rodríguez
González
Cuba

Como sucede cada año, el Premio Casa de las Américas reúne en su jurado a representantes de lo mejor de nuestras letras latinoamericanas. Este año, en su edición 46, entre los escritores seleccionados para valorar los textos presentados en el género novela, se encontró una de las más proliferas narradoras de Argentina y de Latinoamérica: Liliana Heker, una mujer que ante el temblor que causaban los tiros y las torturas de los años de dictadura militar en Argentina, nunca optó por el silencio. «El poema es pésimo, pero por la carta se nota que sos una escritora», le había dicho el destacado escritor argentino Abelardo Castillo, después de leer los escritos que Liliana le había hecho llegar cuando solo tenía diecisiete años. Ahora, amigo suyo, Castillo debe sentirse muy orgulloso de no haberse equivocado con la adolescente Heker al hacer semejante vaticinio y aceptarla en la revista literaria *El grillo de papel*. En esta publicación

y en otras como *El escarabajo de oro* y *El ornitorrinco*, que fundara años después, desempeñó una intensa y rebelde labor al calor de las polémicas que sacudieron a Nuestra América. Cuentos como «Los que vieron la zarza», «Un resplandor que se apagó en el mundo», «Las perlas del mal», la colección completa «Los bordes de lo real»; y novelas como *Zona de Clivaje* y *El fin de la historia* la convierten en uno de los faros de este continente de cuentistas y novelistas. En estas obras están presentes la sagacidad de un estilo y la responsabilidad de una literatura comprometida.

Liliana estudió Física en la Universidad de Buenos Aires, carrera que abandonó por la Literatura. ¿Cómo se produce este cambio en su vida?

Ingresé en la Facultad de Física cuando estaba en el último año de la escuela secundaria, y ya en esa época escribía. Estando en la Facultad mandé una carta y un poema a la revista literaria *El grillo de papel*. Allí me encontré con uno de

los directores, Abelardo Castillo, que en ese momento era un escritor muy joven. Él me invitó a formar parte de la revista, es decir, que mientras estudiaba Física ya yo estaba trabajando en una revista literaria. Abelardo Castillo es un gran amigo mío desde esta época, y es para mí uno de los mayores escritores argentinos. Cuentista excepcional, maestro en el oficio de narrar, gran novelista, dramaturgo, ensayista y un hombre plenamente ético, consecuente en sus ideas, en su concepción de la literatura y en lo que debe ser la vida hasta las últimas consecuencias. De él aprendí mucho de narrativa.

En las reuniones de *El grillo de papel* estaba aprendiendo lo que es un cuento y lo que es elegir verdaderamente la literatura, pues hasta ese momento yo escribía textos a través de los cuales me expresaba, pero no tenían una forma. Es en esta revista donde empiezo a trabajar mis textos, en esas discusiones apasionadas que se generaban por cuestiones ideológicas y literarias. Los años 60 fueron muy intensos en ese sentido. Después llego a ser secretaria de redacción hasta que *El grillo de papel* fue prohibida. A fines de los 60 fundamos una nueva revista, *El escarabajo de oro*, de la que fui primeramente secretaria de redacción y después directora. Ya para este tiempo tengo casi terminado mi primer libro de cuentos, *Los que vieron la zarza*; comienzo a sentirme firme en el campo de la literatura y decido dejar la carrera de Física, pues realmente me faltaban muy pocas materias para terminarla y todo lo que cursé de Física lo hice tironeada por la literatura.

Su novela *El fin de la historia* es una denuncia a los crímenes perpetrados por la dictadura militar argentina en los años 70. ¿Cuál fue su experiencia en estos años?

En esa época yo me quedé en la Argentina. Trabajaba como programadora de Computación en la Administración Pública, y en mayo de 1976 me echaron por subversiva. Me fueron a buscar a mi casa, pero yo no estaba. Me fui durante quince días y después regresé. Decidí quedarme en Argentina y eso no tiene nada de heroico. Decidí quedarme porque confiaba en que realmente no me matarían, no me desaparecieran, aunque podía haber ocurrido.

Mi experiencia durante esos años fue muy dura y al mismo tiempo muy intensa. Por una parte convivíamos con el miedo y la muerte. Eso era una presencia permanente. Al mismo tiempo seguíamos construyendo nuestra obra dentro de la libertad o el exilio que podía ser nuestra propia habitación. Yo seguía escribiendo y se fue conformando lo que yo de alguna manera creo que por fin llegó a ser una especie de resistencia cultural. Con Castillo fundé otra revista en 1977, *El ornitorrinco*, que tomaba los temas de polémica que eran necesarios tomar en la época de la dictadura. También dábamos talleres, los cuales en Argentina tuvieron su origen en estos años de dictadura. Los talleres respondían a una doble necesidad. Estaba la necesidad que teníamos muchos escritores de trabajar cuando se nos había echado de nuestros empleos, y también la necesidad de los nuevos escritores de nuclearse, de discutir sobre sus cuentos cuando ya no existían las reuniones en los Cafés, en las revistas literarias. Si nos reuníamos un grupo de escritores en un Café a discutir un cuento o un poema, era muy probable que termináramos siendo unos desaparecidos. Entonces los talleres reemplazan esas reuniones y se empiezan a hacer en lugares privados, en nuestras casas. Comenzaba a ser un trabajo para muchos de los escritores que no podíamos trabajar en otros lugares. Fue una experiencia muy dura la de la dictadura, pero al mismo tiempo de ninguna manera siento que hayan sido años muertos para mí. Al contrario, sentíamos que nuestras palabras y nuestros actos tenían un peso al decir lo que pensábamos en cualquier ámbito en el que pudiéramos expresarnos. Además no podemos olvidar que en la Argentina estaban ocurriendo hechos de enorme fuerza contra la dictadura, como por ejemplo las manifestaciones de las madres y las abuelas de Plaza de Mayo, la acción de los organismos de derechos humanos dentro del país y un fenómeno cultural de gran repercusión cultural que fue Teatro Abierto.

El rol que me tocó a mí fue actuar dentro de mi país y es una elección de la que no me arrepiento.

Pero, ¿era realmente subversiva?

Para ser subversiva en la dictadura militar argentina no era necesario formar parte de la guerrilla. Con solo ser un escritor de izquierda —como era mi caso— era suficiente para ser considerado como subversivo. Creo que el hecho determinante por el que me fueron a buscar y por el que me echaron, no fue siquiera por ser escritora, sino porque yo era secretaria de actas de las asambleas que se realizaban en mi centro de trabajo. Los años 1974 y 1975 fueron de mucha lucha obrera, de huelgas y asambleas. Quizás también influyó el haber ganado la mención en el Premio Casa de las Américas en 1966, el haber formado parte de una lista en la sociedad de escritores que era realmente de izquierda. Todo eso influyó en que se me considerara subversiva, pero por mucho menos un argentino era subversivo. Para la dictadura militar, salvo los complacientes y los que estaban de acuerdo con su régimen pavoroso y asesino, todos éramos subversivos.

En una ocasión, al referirse a su novela *El fin de la historia*, expresó que ningún texto suyo le dio tanto trabajo y que al mismo tiempo con ninguno se había sentido tan libre. ¿Cómo explica Liliana esta ruptura?

Es cierto. Es una novela en la cual yo quería dar cuenta de lo que había sido mi historia, la historia de mi generación, esa historia que arranca de alguna forma en la adolescencia con la Revolución cubana, que nos hace ver nuestra participación en la historia de una manera distinta, que genera un tiempo de esperanza y de creer que cada uno de nuestros actos y de nuestros textos tienen un sentido en un tiempo de horror y de muerte. Yo quería de alguna manera dar cuenta de ese período que yo viví y al mismo tiempo contar una historia puntual de una militante brillante que pasa por diferentes instantes de la militancia, que es secuestrada y llevada a un campo de exterminio, donde también tiene un papel tristemente protagonista. Quería contar todo esto, pero no quería escribir una novela lineal porque me parecía que iba a ser un libro aburridísimo de 600 páginas. Creo que una novela provoca una especie de conmoción poética en quien la lee y que el escritor tiene que conseguir ese efecto. La sensación que yo tenía era que todo lo que yo quería decir— y que era mucho y muy diverso— debía contarse al mismo tiempo, es decir, que un episodio significara al otro. Pero no sabía cómo contarlo. Durante mucho tiempo tuve la historia, los episodios, pero no encontraba la forma. Cuando descubrí la forma me di cuenta de que en literatura podemos hacer lo que queramos. Empecé a tener una sensación de libertad y alegría pese al horror que contaba. El proceso creador fue para mí dicho porque estaba descubriendo la forma para contar mi historia. Me sentía libre porque consideraba que estaba rompiendo incluso con cierta escritura mía anterior.

Diálogos sobre la vida y la muerte es un libro de entrevistas a profesionales e intelectuales que han reflexionado sobre el tema, y a través de las cuales usted indaga sobre el significado de la muerte como palabra, como fenómeno biológico y psíquico, y las formas de las que el hombre se arma para defenderse de ella. Con este libro, ¿hacia dónde se inclina más Liliana: hacia la literatura o hacia el periodismo?

Hacia la literatura siempre. Yo no me considero periodista. No porque no admire a los periodistas, sino porque yo soy, aun cuando escriba para un medio, una escritora a largo plazo. Yo no tengo ese ritmo de los periodistas que redactan una nota para entregarla dentro de tres horas. Yo necesito ese trabajo, ese proceso en que voy encontrando la forma. Ese libro de entrevistas —que creo fascinante— también fue de lenta elaboración. Su hechura tiene dos etapas. Una fue a principios de 1980, en plena dictadura militar, cuando un editor me lo propuso y yo acepté. Pero ese editor tiene muchas deudas, no le paga a nadie, escapa del país y le cierran la editorial. Entonces el libro no circuló. Recientemente



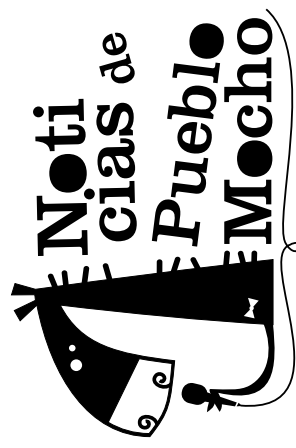
Radio Miami

DE LA «CURTURA» QUE SE OCUPEN LOS «INTELERTUALES»

WKAT 1360 dejará de transmitir por falta de recursos

La emisora de música clásica que sale al aire en Miami por la frecuencia WKAT 1360 de AM, dejará de transmitir su programación por falta de recursos económicos a partir del 31 de enero. No pudieron conseguir los cinco millones que necesitaban para cubrir sus gastos este año. Ya anteriormente, el pasado año, tuvieron que abandonar también la emisora 93.1, de frecuencia modulada, por falta de dinero. Es un bochorno que pase en una ciudad donde hay tantos millonarios —muchos de ellos de origen cubano— que se dan golpes de pecho pregonando su generosidad y altruismo cuando no son capaces de preocuparse por ayudar a sostener un instrumento de cultura musical como es la emisora 1360. Un amigo hizo gestiones con un ricachón que hizo mucho dinero en el negocio de las clínicas de HMO a ver si el hombre, de sus millones, daba una «tierrita» para ayudar a la emisora musical, pero recibió una respuesta que lo dejó patidifuso: Mira fulano —dijo el empresario millonario—, para eso de la «curtura» que se ocupen los «intelertuales» que yo lo que oigo en radio es a ese que le dicen el Triple Feo y en televisión lo que veo son las mamboletas del Mikimibín. Este exitoso hombre de empresa es de los que dice que cuando le hablan de cultura, saca la pistola y se pone a disparar. Descanse en paz la música clásica en 1360. La mató la ignorancia. ■

http://www.lajiribilla.cu/2005/n195_01/elgranzoo1.html



Rolando Sánchez Mejías
Encuentro en la Red

«No hace falta una refundación mítica ni una refundación poética ni una alta cultura cubana ni un papel preclaro de los intelectuales...»

N. del E.
No hace falta nada

<http://www.lajiribilla.cu/pueblomocho.html>



en el 2001 la editorial Alfaguara —editorial que publica mis libros— descubre un ejemplar de *Diálogos sobre la vida y la muerte*, le parece fascinante y me pide que haga una nueva versión. A partir de entonces empieza un proceso bastante largo para elegir quiénes serían los entrevistados y cuáles de las entrevistas ya hechas, rescatar. De modo que, pese a que el género entrevista corresponde al periodismo, la forma de elaborar el libro corresponde a la de un escritor. Y aunque considero que hay un límite muy definido entre periodismo y literatura, también creo que muchas veces trabajé en la intercepción de los géneros del periodismo y de la literatura. Muchas veces periodistas como Rolando Walsh hacen un trabajo literario. Lo que también pasa es que cuando Walsh escribe libros excepcionales como *¿Quién mató a Rosendo?* u *Operación Masacre*, su trabajo es el de un periodista, el de un investigador que va detrás de lo que realmente ocurrió y que quiere indagar en la verdad de los hechos, pero el trabajo de escritura y construcción del texto es el de un escritor. A ese escritor-periodista tal vez sí pudiera acercarme porque tiene que ver con lo que yo entiendo que puede ser mi trabajo.

¿Por qué tocar esta vez la muerte desde un punto de vista tan distinto al tratado en El fin de la historia?

Aunque en un principio yo no me propongo tratar la muerte en *El fin de la historia*, esta se cruza en la novela de la misma manera que atravesara algunos cuentos míos. En el caso de *Diálogos sobre la vida y la muerte*, específicamente me propongo indagar, a través de la palabra de otros y del prólogo que yo escribo, en una cuestión que nos concierne a todos y que marca prácticamente todos nuestros actos, desde el más elemental —como por ejemplo, comer, respirar— hasta la creación artística o el espíritu religioso, y sin embargo, es un tema tabú. Nadie se sienta en un Café a charlar con un amigo sobre la muerte. Me pareció que era necesario poner todos esos cuestionamientos que nos hacemos, todos esos miedos que tenemos, en la superficie. Por eso me propuse tomar a distintos escritores y especialistas que pudieran hablar sobre la muerte desde su propia óptica. El biólogo Marcelino tiene una entrevista excepcional. Él escribió un libro que remueve el piso con solo mencionar su título: *La muerte y sus ventajas*. Es un libro deslumbrante y sacude muchísimo. También desde el punto de vista del psicoanálisis y la psiquiatría se aborda el tema del suicidio, el miedo a la muerte o su negación. Aparece otra psicoanalista, María Lucía Pelento, que trabajó particularmente con la infancia y en la elaboración del duelo en caso de catástrofes sociales. Ella hizo un trabajo, desde la época de la dictadura, con familiares de los desaparecidos. María Lucía toma la elaboración del duelo en esa tragedia nacional, ese duelo no elaborado nunca por nosotros como sociedad.

Una cosa es la muerte y otra muy distinta la desaparición. Hay siempre algo trágicamente inconcluso en la desaparición. Un profesor de religiones comparadas toma el tema de la muerte a través de las distintas religiones, creencias y los distintos mitos. Un médico especialista en Cuidados Intensivos aborda, con un humanismo impresionante, ese período tan tremendo y singular del enfermo terminal, ese período de la vida en que ya se sabe casi con certeza que la vida tiene un plazo muy corto.

Hice también entrevistas a cinco escritores que me parecieron podían encarar el tema de la vida y la muerte de una manera muy particular. Uno de ellos es Jorge Luis Borges. La entrevista de Borges es deslumbrante como todas las que se le hacen, y tiene una particularidad respecto a la de los otros cuatro escritores entrevistados. Borges es el único que no niega la muerte. Cuando le pregunto —y esa es la pregunta que abre la entrevista—: «¿qué le sugiere la palabra muerte?», el me responde: «una gran esperanza, la esperanza de dejar de ser». Los otros escritores entrevistados tienen una actitud de negación, de rebeldía respecto a la muerte. Hay una entrevista notable a Abelardo Castillo. Estaba segura de que por su profundidad filosófica iba a concederme una excelente y deslumbrante entrevista. Ana María Shua podía encarar el tema de la muerte desde distintos ángulos, precisamente por su condición de mujer, de madre, de escritora, y porque ella también pasó por una enfermedad bastante terrible. Otro de los entrevistados es Eduardo Pablovki, dramaturgo, actor, psicoanalista, había sido militante, deportista, por lo que podía darme una perspectiva bastante interesante. También entrevisté al humorista Fontana Rosa. Creo que a veces el humor suele ser una especie de filtro que ponemos para defendernos de la muerte.

Diálogos sobre la vida y la muerte es un libro que a mí me apasionó mucho escribir. Cada una de las entrevistas me movilizó y el libro también resultó muy movilizador para los lectores.

Siendo apenas una adolescente escribió algunos poemas. Sin embargo, en su obra literaria publicada no figura ninguna colección de poemas...

Poemas muy malos. En mi obra no figuran ni van a figurar.

¿Desistió del género? ¿Por qué?

Desistí porque no soy buena poeta. No siento que pueda trabajar un poema ni que me pueda expresar a través de la poesía. He escrito algunos poemas que pertenecen a un circuito privado, pero realmente no me siento poeta. En cambio, me siento narradora, cuentista. Y tal vez algún día escriba teatro. También he escrito ensayos, pero no soy poeta.

Durante su trayectoria como escritora también se dedica desde 1978 a coordinar talleres

de narrativa. ¿Ha enriquecido a la escritora que es Liliana Heker el intercambio con nuevas generaciones?

Para mí el taller es una actividad fundamental. Lo considero parte de mi obra porque poder transmitir el saber, la experiencia de la escritura a otros es algo que me da una enorme alegría. A mí me interesa la formación de escritores. Me interesa trabajar con aquella gente joven o no que tiene pasión por la literatura, y que en principio tenga pasión por la lectura. Creo que todo escritor empieza a enamorarse de la literatura a través de la lectura. Aquel que me dice «yo no leo para no influenciarme», no lo acepto en el taller, porque alguien que no lee no puede escribir. También me importa que estén dispuestos a tomarse la literatura como un trabajo, a tener el placer de la corrección y sentir que ir acercándose al texto que han soñado es parte del proceso creador y que pueden estar trabajando quizás un mes o un año en un cuento o años en una novela. No me gustan los apurados. La literatura es otra cosa: es una búsqueda que no termina nunca.

El trabajo con esos grupos que se forman en mis talleres es muy hermoso, pues es un placer ver cómo de un texto amorfo va surgiendo un buen cuento o una buena novela. Por suerte, a lo largo de mi trabajo en los talleres han surgido muchos escritores que hoy son grandes amigos míos. Es un intercambio que no termina nunca. Además, después de un cierto tiempo, la gente que viene a mi taller se convierte en una excelente crítica. Entonces, cuando yo termino cuentos también se los leo a ellos para recibir sus críticas.

¿Cómo valora la ascendente producción literaria que se está dando en Latinoamérica? ¿En qué se diferencia de la literatura universal?

Un escritor escribe desde el lugar en que vive, no puede sustraerse a su realidad. No es que yo no crea que ningún escritor deba proponerse ser latinoamericano. Incluso el término «latinoamericano» es bastante ambiguo, tiene mucho sentido en política, tiene menos en literatura. No es igual el lenguaje, la problemática ni la historia de Centroamérica a la de Sudamérica. El escritor escribe desde las circunstancias en que vive. Aunque escriba una historia íntima, una historia de amor, de celos, de soledad, él tiene toda la carga que le dan su historia, su suelo, su lengua, su propia locura y todo lo que le constituye. O sea, el escritor pertenece al lugar donde vive, se lo proponga o no. Todo ese conjunto puede generar algo que por comodidad o para un determinado estudio, denominamos literatura latinoamericana. Pero, afortunadamente es una enorme diversidad en todos los aspectos. En estos momentos yo estoy leyendo *Limón Blues*, de Anacristina Rossi, y encuentro una historia que me cautiva, pero no se parece a mi historia, a la historia de mi país. Son circunstancias distintas, un lenguaje diferente. Y esa diversidad es Latinoamérica, y es lo que le da una enorme

riqueza y vitalidad a su literatura y lo que la diferencia del resto de la literatura del mundo.

¿Qué le ha aportado a usted como escritora el pertenecer al Jurado del Premio Casa de las Américas?

Primero que todo estar aquí en Cuba. Eso para mí es una experiencia hermosísima, no solo por los lugares que son muy bellos, sino también por la gente. Es un placer volver a encontrarme con algunos amigos como Roberto Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández, Eduardo Heras León, conocer a Marcia Leiseca, con quien me carteaba ya en los comienzos de la revista, y conocer a muchos amigos de Cuba y de otros países, como ocurre con el Jurado, el cual ha resultado ser un grupo excelente. Realmente Cuba genera un espíritu muy amistoso y solidario. También me llena de orgullo ser Jurado de este concurso porque sé lo que significa el Premio Casa de las Américas para aquellos escritores que han enviado sus obras.

¿Cómo explica usted que el Premio Casa de las Américas logre tan alta concurrencia cuando existen otros premios tan codiciados y también prestigiosos? ¿Qué diferencia al Premio Casa de los demás?

Hay muchos premios que dan gran cantidad de dinero. Algunos sí son prestigiosos y meritorios, otros no. Pero lo que diferencia al Premio Casa de las Américas de los demás, es su enorme transparencia, tanto en la elección y en la solvencia del Jurado, como en el método que utiliza. El Premio Casa es absolutamente confiable. Aquel que no está solo buscando la publicación de cien mil ejemplares y una lluvia de dólares sobre su cabeza, sino que está buscando afirmarse como escritor, va realmente a saber valorar lo que vale el Premio Casa de las Américas.

¿Qué retos le impone a Liliana el ser escritora latinoamericana?

Tal vez es un reto o un hecho afortunado ser escritora latinoamericana porque los europeos han llegado a este siglo XXI como cansados. Tienen tanta literatura detrás. Yo me imagino que un escritor francés que mire al pasado y lea desde Ravelé todo lo que se ha escrito, tiene la sensación de que ya se ha escrito todo. En cambio, nosotros los latinoamericanos tenemos una historia literaria relativamente reciente y sentimos que todavía casi todo está por decirse y hacerse. Vivimos en un mundo muy difícil y complejo, pero al mismo tiempo de una enorme riqueza para nuestra creación literaria. Entonces, por un lado tenemos el reto de estar fundando una gran literatura latinoamericana. Todavía estamos fundando esa literatura latinoamericana en la que ya hay tantos fundadores. Y por otro lado tenemos la fortuna de estar todavía en el inicio. ■

http://jiribilla1/jiribilla/2005/n195_01/195_44.html

Las elecciones en Iraq vistas por Falsimedia

democracia flexible, desde cero hasta cero

Antonio Maira
España



Ilustraciones: Darien

El conjunto de los grandes medios de comunicación —Falsimedia— se ha incorporado a la estrategia bushiana de preparación publicitaria y lanzamiento del segundo mandato presidencial.

En el Estado Español, *El País*, en el ámbito de los medios escritos, es uno de los ejemplos más eficientes¹. Pero su papel no es en absoluto excepcional. Este periódico y otros muchos medios similares en todo el mundo —escritos y audiovisuales— ocupan un lugar de máxima importancia en el proceso de adaptación de la parte más «progresista» de la llamada «opinión pública» a la nueva etapa del gobierno Bush. Se trata en primer lugar —en los medios no estadounidenses— de una aceptación entre resignada y complaciente del «liderazgo» mundial de los EE.UU. en las condiciones precisas de presiones, fuerza, chantaje, coacción, ruptura del derecho internacional y brutalidad militar y represiva extremas, en las que ese «liderazgo» ha sido definido en el primer mandato, prefascista o neofascista, del actual Presidente de los EE.UU.

Que todo el mundo trague imperio

La tarea sistémica de estas grandes empresas de comunicación, con etiqueta de «progresistas» en el campo de la fabricación de «opinión pública», es la de predigerir el plan imperialista de Bush y regurgitarlo para la alimentación de un sector estratégico fundamental de esa «opinión pública».

La función política es la de diluir, en el ámbito comunicativo de estos medios, la oposición internacional a Bush para facilitar los próximos cuatro años de jefatura en el mundo del sector político más militarista de los EE.UU. En realidad, Bush es el poder supremo que durante un «período inevitable» —y como resultado de una mecánica electoral extremadamente corrupta que conduce a la elección de las elites políticas en casi todo el mundo— va a ejercer una presión coactiva y una amenaza militar sin límites para implantar el capitalismo neoliberal sobre la mayoría de los pueblos del planeta. Este es el gran puntal de la «democracia modelo» que ha reforzado poderosamente durante su primer mandato.

El ejemplo más importante del ejercicio de una «libertad de información» al servicio del imperio es, en estos momentos, el de la guerra y las elecciones en Iraq.

El análisis de un «editorial tipo», el del periódico español *El País* titulado «Elecciones a ciegas»², demuestra hasta qué punto los órganos de Falsimedia comparten el discurso fundamental y la estrategia general del imperio, y se han adaptado a su «expresión dura» que corresponde al triunfo de Bush y al inicio de su segundo mandato. Las ideas, proyectadas para crear «matrices de opinión» favorables a la ocupación militar y a la guerra contra el pueblo de Iraq que están manteniendo los EE.UU., han sido recogidas directamente de la administración Bush y sus agentes mediáticos locales, y repetidas con casi total uniformidad por los medios audiovisuales y escritos de todo el mundo.

El discurso reproduce la doctrina Bush de la «extensión de la *Democracia* y la *Libertad*» y la aplica a la situación «actual» de Iraq —desvinculándola de los orígenes de la invasión militar y de la propia guerra que ha estallado

después como enfrentamiento armado de gran intensidad— en relación con las elecciones del 30 de enero.

El discurso básico. Las buenas intenciones

La estrategia informativa de los medios es la de dar vueltas en espiral —aproximándose o distanciándose según las posibilidades de engaño y de manipulación— alrededor de una idea básica que, presentada desde ángulos variables, va ocupando el lugar central en la «opinión pública».

La idea es que en Iraq no se pueden celebrar unas elecciones democráticas en las mejores condiciones, ni siquiera en condiciones medianamente aceptables, tal vez tan solo en condiciones extremadamente precarias, debido a la existencia de un ambiente de violencia en un país ocupado.

«Sin testigos, casi a ciegas, y en una situación de ocupación militar y terrorismo muy activo, se van a celebrar el 30 de enero las primeras elecciones democráticas en Iraq.»

«Es evidente que estos comicios van a ser algo más que 'imperfectos'... Definitivamente desechada la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq, EE.UU. no tiene hoy otra justificación para la guerra, la ocupación y su presencia allí que el establecimiento de una democracia por imperfecta que sea... Solo un éxito, por limitado que sea, de estas elecciones, puede crear una situación por la que deje de ser un puro sarcasmo la afirmación del presidente George W. Bush de que la intervención 'ha valido la pena'.»

(...)

«Las elecciones se celebran casi sin testigos... la inseguridad ha expulsado a la prensa independiente... Tampoco habrá un sistema de observación internacional fiable... La ubicación de las urnas se dará a conocer días antes... En cuatro zonas suníes, incluida Bagdad, será difícil que se pueda siquiera votar. Por temor a atentados, los votantes no conocen aún los nombres de los candidatos. Se harán públicos después de las elecciones. Pese a todo, de las elecciones surgirá una asamblea constituyente y un gobierno en todo caso más legítimo que el precedente y todos los anteriores.»

(...)

«Las elecciones distan de ser genuinamente democráticas por las circunstancias reinantes en Iraq.»

Anillando así la realidad, cubriendo de brumas la memoria inmediata, se margina la verdad fundamental: no hay ni ha habido, la menor intención de celebrar «elecciones democráticas» en Iraq.

La intención fundamental que provocó la invasión, la guerra y todo el desastre que está viviendo Iraq, fue la de ocupar y permanecer en el país controlando su economía y su petróleo y entregando sus riquezas a las multinacionales. Esa estrategia se concretó después en la realización de una «transición» desde el gobierno de un administrador colonial muy visible, Paul Bremer, con un gobierno provisional controlado por un exiliado vinculado al Departamento de Estado —Chalabi—; a una administración colonial invisible, Negroponte, con el gobierno títere de un exiliado ex agente de la CIA —Alai.

Esa verdad elemental, plenamente visible en los hechos y en las declaraciones oficiales en el momento de «la victoria» (fue proclamada sin tapujos por Paul Bremer en la primera

rueda de prensa a su llegada a Bagdad), va desapareciendo en el fondo brumoso de la estrechísima memoria que caracteriza nuestra «opinión pública creación mediática», mientras se establece y va cristalizando una estructura básica en la que se acomoda la nueva información manipulada.

El discurso general, del que participan los medios más «progresistas» —o multilateralistas, como se dice ahora— es que el terrorismo en Iraq frustró las mejores intenciones de los EE.UU.

Los resultados según «ecuación» del Pentágono

Por eso mismo —para preservar las buenas intenciones de Bush— en la explicación de las «deficiencias» de esos «comicios algo más que imperfectos», no se mencionan otras imperfecciones mucho más definitorias que se derivan de la propia situación de colonización brutal por la fuerza y de la intención de mantenerla. Terrorismo militar y sometimiento brutal de la población, nombramiento directo de los «gobiernos provisionales» bajo la dirección obediente de antiguos exiliados, agentes de los EE.UU. —Ahmed Chalabi y Ayad Alai—, establecimiento de las normas electorales, de las prohibiciones masivas de sufragio activo y pasivo, elecciones virtuales bajo secreto y control militar. Todo el proceso de votación, en más de la mitad del país, va a ser tan invisible como las armas de destrucción masiva. Lo rodarán, con extras enmascarados en la «zona verde», los periodistas empotrados que alimentan a la empotrada Falsimedia, los que acompañan y obedecen a las fuerzas de combate de los ejércitos invasores.

En Iraq solo es seguro que se introducirán decenas de miles de votos en las «urnas» del exilio. Sin duda alguna, la simulación electoral va a responder a una «ecuación de situación más favorable» que ha fabricado —bajo dirección de Rumsfeld, y con los componentes neofascistas y toda la racionalidad militarista e imperialista del Secretario de Defensa— el Pentágono. La exigencia primera de esa ecuación es la propia simulación de elecciones: ¡Quiero que todo el mundo vote!, clamaba Bush en el discurso del 7 de enero.

Cortinas de humo para ocultar el pasado

Además de ese elemento básico: «la violencia frustra las buenas intenciones democratizadoras de los EE.UU.», el discurso de adaptación y servilismo de Falsimedia contiene otras partes fundamentales.

En los textos reproducidos en este artículo —que no representan otra cosa que la divulgación a través de un «editorial tipo» del discurso universal del imperio que se está distribuyendo en todas las latitudes— aparecen algunos de ellos.

La frase ya mencionada: «Definitivamente desechada la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq, EE.UU. no tiene hoy otra justificación para la guerra, la ocupación y su presencia allí que el establecimiento de una democracia por imperfecta que sea...» es paradigmática del cinismo, la identificación con la política de los EE.UU. y la utilización del factor tiempo y del virtual monopolio de la información del que disfruta Falsimedia, para la manipulación extrema de la opinión pública.

La existencia de las armas de destrucción masiva «ha sido definitivamente desechada» —seguramente después y gracias a la minuciosa investigación *in situ* realizada por los expertos enviados por Bush. De ninguna manera, para los medios ejemplarmente «democráticos», esa existencia ha sido una coartada inventada descaradamente por los EE.UU., sino una sospecha que justificó suficientemente la guerra, la destrucción sistemática de Iraq, la invasión y colonización militar de un país soberano y la terrible situación de hambre, marginación y muerte en la que viven los iraquíes.

De esa sospecha, finalmente aceptable para un genocidio de esas características, se pasa inmediatamente a la justificación de la ocupación militar masiva, el sometimiento brutal del país y la guerra, como instrumentos para «el establecimiento de una democracia por imperfecta que sea». La afirmación, que menciona textualmente: «EE. UU. no tiene hoy otra justificación», es perfecta muestra de cinismo y de hipocresía.

El terrorismo y el fin de la pesadilla

La resistencia en Iraq, un país invadido y en guerra abierta contra los ejércitos ocupantes se convierte, en la «realidad» que construye Falsimedia, en un fenómeno de «terrorismo muy activo» que hace «muy difícil creer en una situación postelectoral en la que los iraquíes vayan a poder gozar de mayor seguridad y protección de sus vidas y derechos». «Un aplazamiento de las elecciones sería considerado como un triunfo del terrorismo».

En ningún momento se habla de resistencia a la invasión y ocupación del país, de guerra de liberación o de otros conceptos que encajarían mucho mejor en el análisis de la situación en Iraq.

El simulacro electoral organizado por los países invasores y «garantizado» —hasta el punto que hemos visto— por los ejércitos de ocupación, sus «contratistas civiles armados», la policía reclutada por el hambre y adiestrada bajo la dirección de Negroponte,

y su sistema de concentración cuya punta del iceberg es la prisión de Abu Ghraib, es calificado de la siguiente manera:

«las elecciones... son la única vía de crear una situación que aleje la pesadilla de eternizar la presencia militar allí y permita perfilar una retirada que no sea una humillación y una catástrofe política, militar y geoestratégica de consecuencias imprevisibles.»

La parte inicial de esa conclusión es absolutamente falsa, la ocupación militar de Iraq continuará en cualquier caso en gigantescas bases militares. La reducción de los efectivos depende únicamente del improbable éxito en los niveles de sumisión del país, de la consolidación de la estructura colonial que han planificado los EE.UU.

La segunda parte traduce con exactitud los valores, objetivos y criterios de poder imperial del Consejo Nacional de Seguridad y del Pentágono.

La complicidad con el imperio, que está estableciendo unas condiciones extremas de explotación y de muerte, insostenibles para la inmensa mayoría de la población del mundo; que destruye cualquier rastro de convivencia solidaria, y que pone en alto riesgo las posibilidades de supervivencia de la vida en el planeta, tiene un instrumento privilegiado en Falsimedia.

Algo que debe tener muy en cuenta, en su estrategia de lucha, la organización que está surgiendo del Encuentro en Defensa de la Humanidad que tuvo lugar hace unas semanas en Caracas. ▀

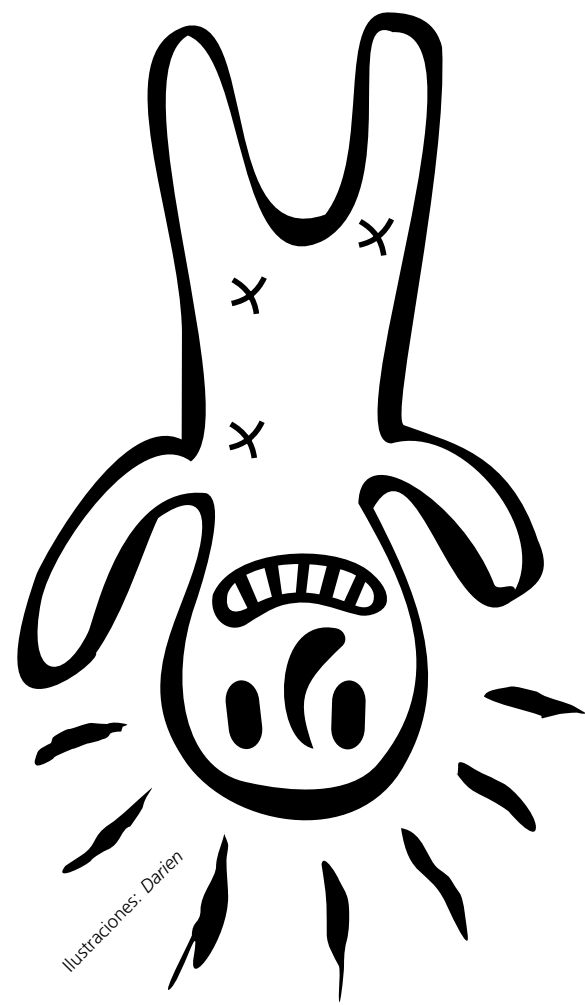
Notas:

1. *El País*, símbolo de PRISA, no es más que la expresión en papel de todo un conjunto de medios de comunicación que incluyen canales de TV generales y locales, cadenas de radio, etc., con presencia en el Estado español y en América Latina.

2. 16 de enero de 2005

Tomado de *Rebellion*

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n010.html>



Lisandro Otero
Cuba

Chocante,
provocativa,
impetuosa
y rebelde

Susan Sontag
la MÁQUINA
de opinar



En días recientes falleció Susan Sontag, quien en la segunda mitad del pasado siglo XX adquirió una prominencia intelectual basada en su pensamiento insólito que creó nuevas categorías de análisis. Su primer ensayo de consideración sobre ciertas cualidades de la apreciación estética acuñó un neologismo, el llamado «camp». Con él quiso agrupar lo artificioso, antinatural y exagerado, pero pronto se convirtió en un término de moda para calificar la cursilería, la frivolidad pretenciosa y amanerada.

Murió de leucemia, pero antes estuvo aquejada de cáncer de mama, del cual emergió tras un largo combate, que la impulsó a escribir *La enfermedad y sus metáforas*, libro de gran éxito editorial al cual sucedió otro, *El SIDA y sus metáforas*. Pero su gran reputación internacional provino de sus penetrantes estudios sobre la cultura mediática, el universo de la industria recreativa sobrenombrado «pop». Se adhirió a la definición de Ortega y Gasset de que cultura es todo aquello que una persona conserva una vez que ha olvidado cuanto leyera. Es decir, basó el concepto de cultura en los instrumentos de apropiación del entorno, de uso inmediato y práctico, de conocimiento y clasificación, más que en la acumulación erudita. Muchos opinan que la reproducción en masa de objetos de arte es la muerte del arte, pero Sontag contrapuso a ello su idea de que más bien estamos experimentando una transformación de la función del arte.

Su ensayo sobre la fotografía es un clásico. Sus estudios sobre Roland Barthes y Antonin Arthaud contribuyeron a esclarecer la obra respectiva de ambos. Sus colaboraciones iniciales para la reputada revista de izquierda *Partisan review* favorecieron su notoriedad. Siempre mantuvo una militancia política liberal. Atacó a Bush y a Berlusconi, se opuso a la intervención norteamericana en Sarajevo y viajó a Viet Nam y escribió extensamente contra la guerra colonial que los estadounidenses llevaron a cabo a sangre y fuego contra aquel país. Condenó las torturas del ejército norteamericano en la cárcel de Abu Ghraib y la política expansionista de Israel, pese a ser judía y haber aceptado el

Premio Jerusalén de Literatura, el más alto galardón que concede aquel país.

Siendo Presidenta del Pen Club estadounidense movilizó a ese gremio en defensa del escritor Salman Rushdie cuando este recibió la «fatwa» que lo condenaba a muerte por sus sacrílegos textos antislámicos. Era una auténtica —así fue calificada por muchos— «máquina de opinar». Estimaba que el oficio del intelectual debe conducirlo a la reflexión privada, al ejercicio del análisis con discreción, pero el siglo XX había obligado a los letrados a saltar al ágora y convertirse en figuras públicas, con abandono del recogimiento inherente a su función. A imitación de los escritores franceses siempre mantuvo una gran visibilidad mediática y se forjó en el molde de los Bourdieu, Foucault o Derrida. Fue chocante, provocativa, impetuosa y rebelde.

Cultivó, aunque con menos éxito, el arte de la narrativa. Sus novelas basadas en notables personajes femeninos como Lady Hamilton, la amante de Lord Nelson; Isadora Duncan, la extravagante bailarina, o la actriz polaca Helen Modjenska, no dejaron la misma marca penetrante que logró con sus ensayos. En estos sí fue original, aguda y descubrió ángulos inéditos en cada análisis que acometía.

Fue una antiestalinista militante y escribió contra el llamado «socialismo real» practicado en los países de Europa del este, una caricatura del verdadero socialismo. Sin embargo, esa visión no le permitió hacer un distinguo del alcance de las luchas sociales, de los movimientos de liberación nacional, del antimperialismo necesario en ciertos países del Tercer Mundo. No supo ver la justicia de la Revolución cubana y las profundas raíces nacionales e históricas en que está basada la transformación social emprendida en 1959.

Para ella una obra de arte no era un vehículo de ideas, sino un objeto que modifica nuestra conciencia y sensibilidad. «La obra de arte no deja de ser un momento en la conciencia de la humanidad, escribió, cuando la conciencia moral es entendida como una de las funciones de la conciencia». Esa idea del arte como fin moral, que pudo haber sido refrendada por Tolstoi, es quizás el mejor epitafio a su existencia contradictoria y dinámica. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n194_01/194_33.html

Maniobra yanqui contra Caracas



Ángel
Guerra
Cabrera
México

Es inimaginable que un gobierno lacayo como el de Álvaro Uribe se lance a secuestrar en Caracas al miembro de las FARC Rodrigo Granda sin tener antes «luz verde» de Washington. Si alguien tenía duda sobre quién está tras la operación y sus objetivos, la comparecencia de la secretaria de Estado designada, Condoleeza Rice, ante el Senado de EE.UU., arroja mucha luz sobre el asunto. La señora Rice citó una lista de «reductos de tiranía» con los que hay que acabar, entre las que figuran Cuba, Irán y Corea del Norte. Luego calificó al gobierno del presidente Hugo Chávez como una «fuerza negativa» en América Latina y elípticamente manifestó que procuraría actuar contra él en la OEA mediante la aplicación de su Carta «Democrática». En la visión ofrecida por la Secretaria a los legisladores, el gobierno de Uribe Véliz, que instrumentó el secuestro de Granda en brutal violación de la soberanía de Venezuela, es el modelo al que aspira EE.UU. en la región. Por supuesto, el plagio se propone privar de su vocero internacional a la guerrilla, catalogada por EE.UU. como organización «terrorista» al igual que el Ejército de Liberación Nacional (ELN). De paso, viene a cuento plantear que es ya indispensable que la izquierda tome una posición clara sobre la definición de terrorismo.

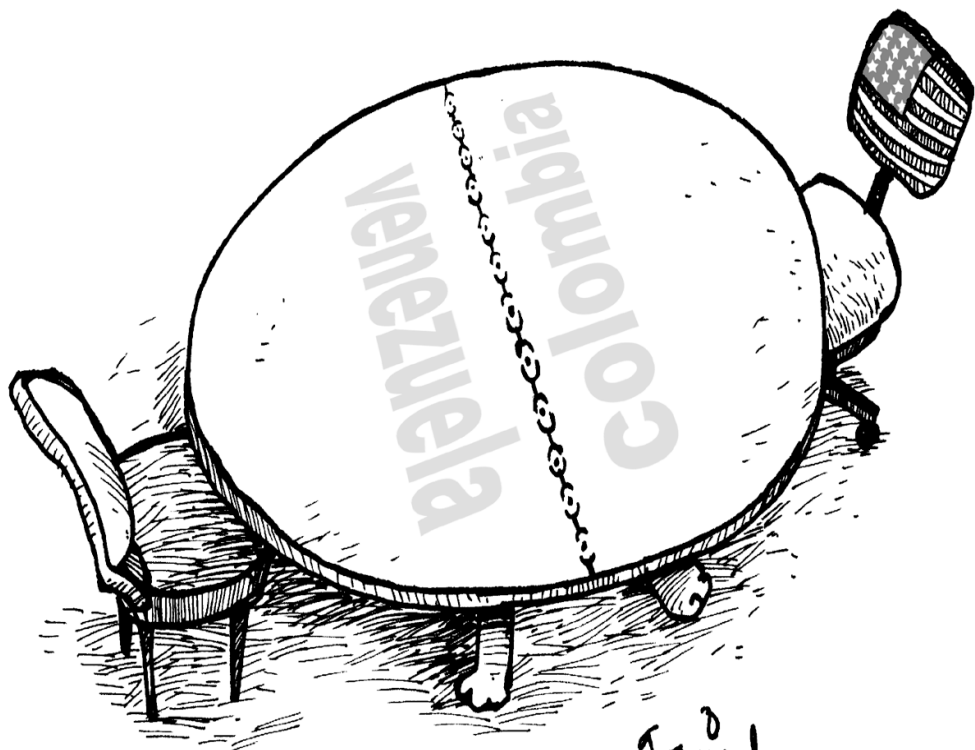
Pero esta operación de gran envergadura realizada por los cuerpos policiales colombianos en Venezuela tiene otro propósito fundamental, que es crear un gravísimo conflicto colombo-venezolano y dividir a los gobiernos de la región, donde Caracas ha venido gestando un embrión de integración latinoamericana, actuando de valladar contra el ALCA, desarrollando una política frontalmente antineoliberal y estrechando fraternas relaciones con Cuba. Por supuesto, la implantación de una democracia profundamente popular, la redistribución más justa del

ingreso, los formidables cambios sociales y culturales logrados y la instrumentación de una política exterior digna e independiente por Caracas es inaceptable para los fundamentalistas neoconservadores hoy al frente del imperio. El ejemplo venezolano obstaculiza seriamente el proyecto colonial yanqui en la región, lo que explica de dónde vino el sí para el secuestro de Rodrigo Grandas.

El hecho sienta un precedente ominoso de quebrantamiento del derecho internacional y está fundamentado en la misma ley de la selva en que se basó EE.UU. para lanzar la sangrienta agresión contra Iraq. Sin embargo, el gobierno colombiano no ha respondido a la mano tendida por el presidente Chávez para discutir el asunto y al contrario, se ha jactado de su «derecho» a combatir el «terrorismo» dentro y fuera de sus fronteras y de pagar una recompensa millonaria a los autores del secuestro, con la complicidad de la maquinaria mediática internacional. La presencia en las puertas de América del Sur de un gobierno independiente y antineoliberal que cumple, además, con los parámetros de la democracia «occidental» es un quebradero de cabeza para el nuevo gabinete de Bush porque es muy difícil justificar una desestabilización desembosada en esas condiciones. De allí viene la idea de vincular a Venezuela, vía las FARC, con el terrorismo internacional, el nuevo sambenito posguerra fría concebido por EE.UU. para satanizar aquellos gobiernos que no convienen a sus intereses. En este caso se trata de aislar a Venezuela mediante una campaña propagandística que justifique futuras acciones de Colombia o de la OEA contra Caracas, incluyendo una intervención armada de EE.UU..

El gobierno de Chávez, una vez que sus cuerpos policiales comprobaron la intervención del Estado vecino, rompió los vínculos de negocios con este hasta tanto ofrezcan una disculpa o acepten discutir el diferendo. Con ello, Caracas da otra muestra de no estar dispuesta a aceptar en ninguna circunstancia la violación de su soberanía. No son pocos los sectores colombianos que han censurado la conducta del gobierno de Uribe, mientras en América Latina se levantan cada vez más voces solidarias con Venezuela en los movimientos populares. En Colombia se refugia un grupo de golpistas venezolanos encabezados por Carmona «el breve» y desde allí partió una fuerza de paramilitares colombianos ligada a planes subversivos de la contrarrevolución venezolana capturados en Venezuela, de la que Bogotá se desentendió, como si fuera posible que esos elementos realicen un operativo de esa naturaleza sin su visto bueno. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2005/n195_01/laopinion.html



Jamuel
gustavor@enet.cu

Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Diseño:

Eduardo Sarmiento

Darien Sánchez

Ilustraciones:

Camaleón



Realización:

Isel Barroso

Webmasters:

René Hernández

Janios Menéndez

Corrección:

Odalys Borrell

Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde

Julio C. Guancho

Rogelio Riverón

Bladimir Zamora

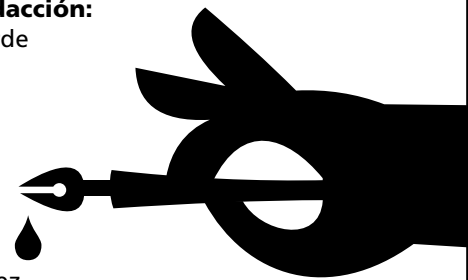
Omar Valiño

Joel del Río

Daniel García

Ernesto Sierra

Jorge Ángel Pérez



Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #4 esq. Tacón, La Habana Vieja.

☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00

www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma